EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

TODO EL MUNDO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS.—2—2.°

1885.

AUMENTO A LA ADICION DE OCTUBRE DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á la Vicaría..........................	1	D. Romero de Segovia....	Todo.
¡Azuqueca, 2 minutos!.............	1	Miguel Casañ..........	»
Buenas noches señores.............	1	Miguel Casañ..........	»
4 por 100..........................	1	Emilio S. Pastor.......	»
Caerse de un nido..................	1	Miguel Echegaray......	»
Caridad, poema.....................	1	Marcos Zapata..........	»
Ciencias y cuernos.................	1	Francisco Macarro.....	Mitad.
Colgar el hábito....................	1	Guillermo Perrin.......	Todo.
Delirios de amor....................	1	José Soto...............	»
Despojos de una pasión.............	1	José Soto...............	»
Don Jaime en la glorieta............	1	R. Bolumar.............	»
El asunto de un drama..............	1	Carmelo Calvo..........	»
El ratoncito Pérez..................	1	R. Blasco...............	»
En gran velocidad...................	1	Miguel Casañ...........	»
Hecho un San Lázaro................	1	Casañ....................	Mitad.
La culpa tienen las dones...........	1	R. Bolumar.............	Todo.
La esperanza de un noble...........	1	José Soto...............	»
La luna de miel.....................	1	M. Echegaray..........	»
La mujer igual al hombre...........	1	Armengol Font.........	»
La primera noche....................	1	Pedro José Moreno......	»
La Rosa de Avapiés.................	1	Luis Bringas...........	»
Matilde..............................	1	Manuel Hidalgo.........	»
Misa y tropa.........................	1	E. Sánchez Pastor......	»
Naranjas y limones..................	1	E. Perillan.............	»
Pobres cómicos......................	1	Augusto Llacago.......	»
Por mi patria........................	1	Francisco Bisbal.......	»
Turno Pacífico.......................	1	E. Segovia.............	»
Una capitulación....................	1	Francisco Gomez Errúz..	»
Un año más (revista)...............	2	M. Echegaray..........	Mitad.
Leon Manso..........................	3	Eloy Perillan...........	Todo.
Divorciémonos.......................	3	C. P....................	»
El capitan Marin.....................	3	Eusebio Blasco.........	»
Epílogo de una culpa................	3	J. M. Ortega Merejón....	»
Justicia del cielo....................	3	José Soto...............	Mitad.
La peste de Otranto.................	3	José Echegaray.........	Todo.
La victoria por castigo..............	3	M. Ortíz de Pinedo......	»
Sin solución.........................	3	M. Echegaray..........	»
Todo el mundo.......................	3	A Sánchez Pérez.......	»
Tres mujeres para un marido.........	3	M. R....................	»
Vida alegre y muerte triste..........	3	José Echegaray.........	»
Fernanda.............................	4	Sres. Llana y Tuero........	»

ZARZUELAS.

Á San Lorenzo.......................	1	Sres. Bringas y Viaña.........	L. y M.
Chocolate y mojicón.................	1	Blasco...................	1[2 L.
El Liceo Capellanes.................	1	Alvarez y Arnedo.......	M. y 1[2 L.
El matalafor.........................	1	D. R. Cortina.............	M.
El mestre d'ascola...................	1	R. Cortina.............	M.
El país del fuego....................	1	L. Bringas.............	L.
El pollastre don Tadeo..............	1	R. Cortina.............	M.
El último tranvía....................	1	Sres. Blasco y Palacios.......	L.



TODO EL MUNDO.

Al [illegible] inteligente colaborador [illegible]

Montané y Simon, recuerdo afectuoso

de

[illegible]

[334:4]

TODO EL MUNDO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

Representada por primera vez en el Teatro de la ALHAMBRA de Madrid en la noche del 28 de Abril de 1885.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Calvario, 18, *principal*.

1885.

PERSONAJES.	ACTORES.
CRISTINA	SRAS. TUBAU DE PALENCIA.
DOÑA JOAQUINA, Condesa del Río	GUIJARRO.
MATILDE	PÉREZ (V.).
DON ENRIQUE	SRES. CATALINA.
DON JUAN, Conde del Río	GUERRA.
DON CÁRLOS	ALTARRIBA.
FEDERICO	BALAGUER.
TEODORO	BARCELÓ.
UN CRIADO	CASTRO.

La accion en Madrid y en casa de los Condes del Río.
Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA

Dedica este trabajo como tributo de admiración al artista eminente y como cariñoso recuerdo al amigo querido

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un saloncito de confianza, amueblado con gran riqueza y esquisito gusto: puerta al foro. Á la izquierda dos puertas; á la derecha, y ocupando el centro del lienzo de pared, un balcón practicable. Entre las dos puertas laterales de la izquierda, un piano abierto y con el atril lleno de papeles: delante de él, musiquero y banqueta. En el centro de la habitación velador elegantísimo con álbumnes, ilustraciones, periódicos de modas, etc., etc. Por la puerta del foro, que se supone un ante-gabinete, ha de verse una mesa de lujo con objetos de bronce y candeleros.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JOAQUINA, CRISTINA, TEODORO.

Al levantarse el telón aparecen la Condesa y Teodoro: ella, sentada en una butaca, él en una mecedora cerca del velador. Cristina se halla de pie, con las manos colocadas encima del respaldo de la butaca donde está la Condesa, como si hubiese venido por un momento á tomar parte en la conversación. Cuando el diálogo lo indica, volverá al piano, y sin ejecutar nada, hojeará papeles, sacará libros y cuadernos del musiquero, tocará repetidamente con una sola mano algunas notas, como si ensayase algún paso de dificultad, y manifestando su impaciencia de vez en cuando. Teodoro tiene en la mano una fotografía.

TEOD. ¡Admirable, Condesa, admirable!

COND. ¡Pche! no está mal.

TEOD. ¡Oh! admirable: ¿cómo se dice? ¡admirable!

CRIST. (Sonriendo.) ¿Estoy bien, verdad?

TEOD. ¡Ah! ¡Cristina, está usted... está usted... admirable!

CRIST. (Entre modesta y maliciosa.) Muy favorecida parezco.

TEOD. Eso sí... (Rectificando.) es decir, no: lo que hay es que la fotografía está...

CRIST. (Riendo.) Vamos, admirable. (Váse al piano.)

TEOD. (Mira á Cristina y á la Condesa, como si quisiera averiguar si se rien de él; después continúa mirando el retrato y diciendo como si hablase consigo mismo.) ¡Admirable, admirable!

COND. ¡Teodoro!

TEOD. ¡Condesa!

COND. ¿Hasta cuándo piensa usted admirar esa fotografía?

TEOD. Hasta siempre, Condesa.

COND. (Con sonrisa desdeñosa y fría.) Me parece demasiado entusiasmo ese.

TEOD. ¡Oh! Pues, créame usted, lo digo con formalidad; estaría yo contemplando este retrato horas y horas sin cansarme.

COND. Pero cansaría usted á los demás. Vamos, deje usted ahí, en su sitio, la tarjeta.

TEOD. ¿Sabe usted que me dan tentaciones de robarla?

COND. Pues no vaya usted á caer en ellas. Ese retrato tiene ya dueño.

TEOD. (Alarmado.) ¿Cómo dueño?

COND. No hay que asustarse, señor Otelo; hablo del retrato; no del original.

TEOD. (Aun escamado.) Sin embargo ..

COND. (Cambiando de tono.) Es una sorpresa que nos proponemos dar al padrino de Cristina.

TEOD. ¿Don Pablo?

COND. En esta semana cumple años, y la niña, que en ocasiones tiene muy buenas ocurrencias...

TEOD. ¡Admirables, admirables!

COND. Pensó retratarse y enviarle su fotografía. Hoy mismo vamos á escribirle. Como hace ya más de seis años

que no vé á su sobrina, estoy segura de que vá á alegrarse mucho.

TEOD. Pues, mire usted, Condesa, se me ha quitado un peso de aquí... (Por la cabeza.) no de aquí... (Por el corazón.) no... en fin, no sé de donde; pero ello es que se me ha quitado un peso de alguna parte. Es admirable esto.

COND. ¿Tan enamorado está usted?

TEOD. ¡Oh! ¡admirable! (Transición.) ¿Y no hay otro ejemplar? (Señalando al retrato.)

COND. Sí; pero no me parece que ha salido tan bien.

TEOD. Yo sé de alguno que se contentaría con ese.

COND. Pero si le digo á usted que salió muy mal. Como que precisamente por eso no quiso Cristina enviarlo.

TEOD. Pues mal y todo... yo...

COND. Veremos... veremos... Todavía es muy pronto.

TEOD. ¿Pronto? Pues si mañana vendrán solemnemente para pedir...

COND. ¿Mañana?

CRIST. ¿Qué vá á suceder mañana? (Á una señal de su madre calla.)

TEOD. Mañana: ¿acaso parecería á usted mal?

COND. No digo eso; pero será necesario que yo prevenga al Conde.

TEOD. Eso es, al Conde y á Cristina; aunque yo creo que Cristina...

COND. Cristina hará lo que...

CRIST. (Levantándose del piano.) No: pues ahora hablaban ustedes de mí; lo he oído perfectamente.

TEOD. Tiene usted excelente oído.

CRIST. (En tono algo burlón.) Admirable.

COND. Niña. (En són de censura. Se oye ruido extraordinario de gente por la calle, después movimiento de criados que cruzan por el foro: voces; todos se levantan.) ¿Qué ocurre?

CRIST. Es papá que vuelve.

COND. ¿Tan pronto? ¿Habrá ocurrido algo?

CRIST. (Sale al balcón.) Pues sí, papá es. (Á la Condesa.) Viene

bueno. Nada le ha sucedido.

COND. (Como tranquilizándose.) ¡Gracias á Dios!

CRIST. ¡Pero qué cosa más extraña!

COND. ¿Qué?

CRIST. Que en el coche viene ese joven...

TEOD. (Alarmado.) ¿Cómo ese joven?

COND. ¿Y quién es? (Con severidad.) ¿Qué joven es ese?

CRIST. No sé: si yo no le conozco... pero pasa mucho por esta calle...

TEOD. ¿Eh? (Cada vez mas alarmado.)

CRIST. Y viene muy pálido... así como si estuviese desmayado. Entre Francisco y Manuel le bajan del coche y...

COND. y TEOD. Veamos. (Dirigiéndose al balcón.)

CRIST. Ya han entrado.

COND. Bien, pues entra tú también, que vas á coger un catarro.

CRIST. (Entra y cierra el balcón.) Si vieras, mamá: ese joven, parece tan bueno... y es muy guapo.

COND. ¡Niña! (Reconviniéndole.)

TEOD. (¡Admirable!)

CRIST. Pero si es muy guapo, ya lo verás.

COND. ¡Calla! (Com imperio.)

CRIST. (Como resignada.) Bien. (Pero es muy guapo.) (Rato de pausa algo embarazoso. Continúa el movimiento en la casa)

COND. (Tocando un timbre.) ¿Sabremos al fin lo que sucede?

ESCENA II.

DICHOS, un CRIADO.

COND. (Al Criado.) ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ruido es ese?

CRIADO. Nun sabré decirlu á punto fiju á la señora; peru nun me parece cosa de cuidadu.

COND. ¿Pero bien, qué es?

CRIADO. Créume que el amu, dicho sea cun perdon, ha atropelladu á ese señorito del cuartu cuartu.

TEOD. (En tono burlón.) ¿El amo?

CRIADO. Vamus al decir, el cucheru. Comu es tan bestia, nun

agraviando á nadie, se conoce...

CRIST. (Voy á saber...) (Váse.)

TEOD. (Mirando con gran curiosidad al Criado, y flechándole los quevedos durante la escena.) (¡Es delicioso este hombre! Siempre lo he dicho.)

ESCENA III.

CONDESA, TEODORO, CRIADO, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Entra muy agitado, saluda muy deprisa, toma asiento y se enjuga con su pañuelo el sudor de frente y cabeza.) Condesa, ¿ha ocurrido alguna desgracia? ¿El Conde? ¿Sabes algo tú? (Á Teodoro.)

TEOD. ¿Yo? Yo no sé nada, papá.

CARLOS. Es verdad: era excusado preguntarte, siempre te sucede lo mismo.

COND. Nada grave ha sucedido al Conde: estoy segura de que va á ser todo una de esas genialidades suyas. Á lo mejor me trae unas gentes á casa... (Al Criado.) ¿El cochero tampoco ha recibido daño alguno?

CRIADO. Dengunu... El vecino, si creu de mi que viene deslumadu.

COND. Basta. (Le señala la puerta y el Criado se va.)

ESCENA IV.

DICHOS menos el CRIADO.

CARLOS. (Sentándose como fatigado.) Pues la verdad es que me ha sobresaltado.

COND. ¿Sí?

CARLOS. Calcule usted. (Preparándose como quien se propone pronunciar un discurso.) Bajaba yo por la calle de Alcalá, muy preocupado, lo confieso, había recibido muy malas noticias.

COND. ¿Qué ocurre? ¿Matilde?...

CARLOS. ¡Bah! Matilde está como siempre, perfectamente, gracias á Dios; eran noticias de Bolsa.

COND. Me había usted asustado.

CARLOS. Y hay para asustarse, Condesa; figúrese usted una baja de tres enteros en dos días...

COND. ¡Bah! Yo no sé de esas cosas.

CARLOS. Pues yo sí; y puedo asegurar á usted que son en extremo desagradables. Pues como digo, cuando me encontraba delante del Ministerio de la Guerra, advertí gran golpe de gente en los alrededores de la Cibeles. Fuíme allá, conocí el carruaje del Conde que ya se alejaba de aquel sitio á buen paso, y vi que se dispersaban los curiosos. Nadie pudo darme razón exacta de lo ocurrido. «Un atropello» decía uno; «un herido» gritaba otro; «lo llevan á la casa de socorro.» Y riendo éstos y bromeando aquéllos, prosiguieron todos su camino. Entonces yo, verdaderamente alarmado...

COND. Gracias.

CARLOS. Me vine... no hay por qué dar gracias... yo me intereso por el Conde: es antiguo amigo. (Y cuando uno tiene fondos en las casas, siempre es bueno...)

ESCENA V.

DICHOS, CRISTINA.

CRIST. (**Entra precipitadamente.**) Mamá, mamá, no es nada, nada.

COND. Pero, Cristina, ¿no has visto á don Cárlos?

CRIST. Es verdad: venía tan aturdida... perdone usted. ¿Está usted bueno? ¿Cómo sigue Matilde?

CARLOS. Está bien, hija mía: á tí ya te veo tan buena y tan hermosa.

CRIST. Sí, señor. Es decir, buena; hermosa... no.

CARLOS. ¡Oh! sí, lo uno y lo otro, ¿verdad, Condesa?

TEOD. ¡Admirable!

COND. ¿Has visto á tu papá?

CRIST. Sí; me pareció que él me enteraría mejor y más pronto que Blas; ese posma que habla por entregas.

COND. ¿Y por qué no ha venido?

CRIST. Dice que en seguida vendrá: en cuanto llegue D. Enrique. No quiere dejar sólo al enfermo.

CARLOS. (*Con ironía.*) Este Conde siempre tan bondadoso.

COND. Diga usted tan necio. Su bondad pasa de la raya y se confunde con la tontería. Crea usted que esto me desespera. Sabe Dios quién será ese joven. Algún...

CRIST. (*Vivamente.*) No, mamá, no, si es muy buen muchacho.

COND. Cristina... (*Agriamente.*)

CRIST. Pero ya ves, si... cuando papá lo ha traído claro es que... (*Á D. Cárlos.*) Figúrese usted si papá sabrá...

COND. (*Con dureza.*) Cristina, con las madres no se discute nunca. Ya sabes que las niñas doctoras no son de mi agrado: fuera de casa no puedo sufrirlas; en mi casa no quiero tolerarlas.

CRIST. Pero...

COND. Basta. Esto se ha concluído.

CRIST. (*Bajando la cabeza.*) Bien. (*Queda un rato pensativa y después va al piano.*)

CARLOS. (*Á la Condesa.*) Pobre muchacha, se le han saltado las lágrimas. Me parece, Condesa, que ha tratado usted con excesiva severidad á la...

COND. Todo es poco. No se figure usted; padezco más que ella, cada vez que he de manifestarme severa; pero no puedo pasar por otro punto. Si mi marido fuese, por ejemplo, como es usted, persona sensata, hombre de juicio, no sería necesario que yo tuviese tan á raya á Cristina; pero... usted no sabe lo que es el Conde... tan débil y tan... si me la está echando á perder. Por supuesto, Cristina hace de su padre lo que quiere.

CARLOS. Sí, sí, él es buenazo.

COND. Eso no es ser bueno. Le aseguro á usted que hay ocasiones en que me enoja muy de veras. Lo mismo que eso; ya lo ha oído usted, ha enviado á llamar á don Enrique.

CARLOS. ¿Quién es don Enrique?

Cond. Un médico: un amigote suyo.
Carlos. Ya sé quién es: don Enrique Sánchez.
Cond. Ese mismo: un hombre profundamente antipático.
Carlos. Verdad; y de costumbres poco ejemplares.
Cond. ¿Sí? Vea usted; pues nada, ese es un íntimo amigo de mi marido, por más que hago, por mucho que suplico, no puedo conseguir que se desentienda de esa amistad. ¡Vaya! hemos tenido hasta serios disgustos por esto, y los que tendremos todavía. Y ¿usted dice que las costumbres de ese sujeto?...
Carlos. Detestables, Condesa. Está separado de su mujer; una buena señora, á la que dicen que daba muy mala vida.
Cond. ¡Me alegro!...
Carlos. ¿Eh? (Sorprendido.)
Cond. Digo que me alegro de saber eso, y hoy mismo...

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDE.

Juan. (Saludando á todos.) Tanto bueno, señor don Cárlos: hola, Teodoro, buenas tardes, Joaquina.
Cond. ¿Es ya hora de que sepamos lo que te ha ocurrido?
Juan. (Sonriendo.) ¡Bah! menos que nada.
Cond. De todas maneras me parece que tu deber como padre y como marido...
Juan. (Sin dejar de reir.) ¡Eh! por Dios, Condesa, no hablemos ahora de deberes, es tan sério eso. Los deberes... los deberes... ¡gran palabra! y como con todas las grandes palabras ocurre, cada cual la entiende á su manera. Yo estaba cumpliendo el deber que tengo con mi prógimo.
Cond. (Á D. Cárlos.) Ya lo ve usted. (Á Juan.) ¿Es decir que la familia para tí es menos que cualquier desconocido?
Juan. Te diré...
Cond. ¿Pero no oye usted esto? (Á D. Cárlos.)

JUAN. Repito que te diré. Mi familia no es á mis ojos menos que un desconocido, cuando mi familia me necesita: si lo es, cuando quien me necesita es el desconocido; que, por cierto, en este caso no es desconocido.

CARLOS. ¿No?

JUAN. Es un inquilino.

COND. Sí; un inquilino que no te paga.

JUAN. Por Dios, Joaquina, no hablemos ahora de estos asuntos. (Cariñosamente.) Vamos, mujer, no me conserves rencor por una tardanza en la cual no veía yo mal alguno.

COND. Es claro: (Desabrida.) tener sobresaltadas á las personas que te quieren, no es nada.

JUAN. (Acariciando á Cristina que poco á poco se ha aproximado á su padre.) Bien; pero por eso las personas que me quieren habían destacado una lindísima exploradora para enterarse.

COND. ¡Oh! no por cierto. Bien sabe Dios que á nadie...

JUAN. Vamos, señora esposa, abandone usted el ceño, que no sienta bien á su cara: no pretenda hacerse menos buena de lo que es; porque los que lo conocemos no hemos de creerla. Usted envió á nuestra querida Cristina, ella me lo ha dicho, para que preguntara á su papá lo que había ocurrido. Cristina cumplió su misión, como ella sabe hacerlo, y corrió á tranquilizar á usted. ¿No es cierto? (Á Cristina.)

CRIST. Vine por... (Ruborizada.)

TEOD. Y á todo esto, ¿está ya mejor ese ciudadano?

JUAN. Sí. Don Enrique asegura que la cosa no tendrá consecuencias.

CRIST. Me alegro.

JUAN. Yo también, y mucho: aseguro á ustedes que he pasado un buen susto.

CARLOS. Pero, en resúmen, ¿qué sucedió?

JUAN. Ni lo sé. La cosa pasó con tanta rapidez, que apenas me hice cargo de ella. Iba yo distrado, pensando...

CARLOS. ¿En la baja?

JUAN. ¿En qué baja?

CARLOS. En la de los fondos.

JUAN. ¿Ha continuado hoy la baja? (Con sobresalto.)

CARLOS. Enormemente más que ayer.

JUAN. (Pues estamos frescos.) No sabía nada.

CARLOS. (¡Qué banqueros estos!)

CRIST. Pero sigue, papá.

JUAN. (Como distraido.) Pues no sabía nada de los fondos.

CRIST. Pero...

JUAN. (Reponiéndose y procurando dominar su preocupación.) Pues bien, oigo de pronto un ¡ay! desgarrador y noto al propio tiempo un sacudimiento brusco. Entonces veo, cómo ese muchacho, de entre los piés de las yeguas, saca un niño, que á la cuenta, había sido arrollado por ellas. Dueño ya del chiquillo, lo entrega á una mujer de miserable apariencia que venía desesperada, sin aliento y dando gritos espantosos, ¡hijo mío! ¡mi hijo! ¡me lo han matado! Cuando cogió el niño parecía que quería comérsele á besos, lo estrechó entre sus brazos convulsos, rompió á llorar y cayó desmayada.

CRIST. ¡Pobrecilla! y entonces...

COND. Sí; todo eso no explica...

JUAN. Pues verán ustedes. El joven, queriendo, por lo que yo pude advertir, evitar felicitaciones y plácemes, retrocedió y fué arrollado á su vez por un tranvía cayendo al suelo: yo, al verlo, no puedo explicar bien lo que sentí; pero me lancé de un salto desde el coche...

CRIST. (Besando á su padre.) ¡Oh! ¡qué bueno eres!

CONDE. ¡Qué imprudencia!

CARLOS. Conde, eso fué una verdadera calaverada.

JUAN. Lo habrá sido: yo entonces no lo pensé; y ahora no me arrepiento.

CARLOS. Bien, pero no me niegue usted que no parece propio de la respetabilidad de todo un Conde del Río, dedicarse á ejercicios gimnásticos en un paseo.

JUAN. Yo no era allí el Conde del Río, ni el Conde de nada: era un hombre que ayudaba á otro hombre en... lo mismo hubiera usted hecho, amigo don Cárlos.

CARLOS. ¡Oh! Yo aseguro á usted que no hubiera saltado.

JUAN. Corriente; pues yo si salté.

COND. Pero el coche del tranvía pasó...

JUAN. No: el conductor pudo detenerlo por fortuna.

CRIST. Sigue, papá, sigue.

JUAN. No hay ya que seguir. Por aquel sitio no alcancé á ver ninguna pareja de orden público; lo cual no me extrañó, porque allí hacía falta: supuso que estaría donde no hubiese necesidad de ella. Hice que el lacayo, á quien ayudé y ayudaron algunos curiosos, lo colocase en el carruaje, y aquí la traje y aquí está. Mandé avisar á don Enrique: he aguardado su llegada con impaciencia. Acaba de reconocerle y me he tranquilizado. Tengo ciega confianza en su golpe de vista.

CARLOS. ¿Y don Enrique dice?...

JUAN. Que no hay lesión.

CARLOS. Vamos, un desvanecimiento y el susto.

COND. Vendrá á resultar que ha sido una comedia.

CRIST. (Pobre muchacho.) (Hace un gesto de disgusto y se vá al piano: Teodoro la sigue y apartados permanecen hasta el fin de la escena.)

JUAN. ¡Mujer!

COND. No puedes negarme que ese vecino es de antecedentes perversos.

CARLOS. ¿Sí?

JUAN. ¡Bah!... Todo se reduce á que el inféliz se retrasa un poco en satisfacer los alquileres.

CARLOS. Pues mire usted, es un dato que lo perjudica mucho en mi concepto.

JUAN. ¿Y qué ha de hacer el pobre si no puede? ¿Si inopinadamente sobrevienen desgracias con que no contaba?

CARLOS. El hombre pundonoroso cuenta con todo; con lo previsto y con lo imprevisto. Si no puede vivir en piso

principal, se sube á la bohardilla.

JUAN. Pero como éste ocupa ya una bohardilla, tendría que subirse al tejado.

CARLOS. Pues, que duerma al raso. No faltaba más. ¡Oh! yo en ese punto soy intransigente.

COND. Pero, no es esto sólo.

CARLOS. ¿Hay más todavía?

COND. Está muy mal relacionado. Dicen que lo ven siempre con personas mal vestidas.

JUAN. ¿Vamos, querrás que el pobre chico alterne con Capitanes Generales ó con Gentiles hombres?

COND. (Con ira.) No digas impertinencias; yo bien sé lo que digo. Yo sé...

JUAN. ¿Qué sabes? ¿Cómo lo sabes?

COND. Lo dice todo el mundo.

JUAN. (Con impaciencia.) ¡Todo el mundo! ¡Bah! todo el mundo; es decir, nadie.

COND. Pues lo digo yo que soy alguien. Parece que encuentras placer en irritarme. Ya estoy enervada para un rato.

CARLOS. Eso no vale nada.

JUAN. (Esta baja maldita viene á trastornármelo todo.)

COND. Pues bien, ese muchacho, porque es un muchacho, el portero le conoce muy bien, es uno de esos alborotadores que conspiran y... ¿pero, qué más? ¡hasta trabaja los dias de fiesta!

JUAN. ¡Vaya un crímen! (Riendo.) Yo también trabajo. Y todos, ¿pues qué, los dias de fiesta, no comes? ¿Cómo toleras que trabaje tu cocinero?

COND. Por mi gusto no toleraría. Pero, de todas maneras, yo digo que las personas decentes y los hombres honrados no deben trabajar los domingos. ¿Á qué Teodoro no trabaja los dias de fiesta?

TEOD. ¿Yo? nunca, señora.

COND. Ya lo ves.

JUAN. Sí, ya veo. En fin, si el trabaja, será porque necesite trabajar, y aun así, ya ves que no le alcanza.

COND. Será un vicioso.

JUAN. ¿Por qué ha de serlo? Y sobre todo, ahora no se trata de eso.

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE, en traje de paseo.

MAT. ¿Pues, de qué se trata? (Movimiento general, abrazos, besos, salutaciones, etc., etc.)

COND. ¡Matilde!

CRIST. ¡Matilde!

MAT. Yo; yo en persona, hija mía. Condesa... Vamos, aquí veo á toda mi familia. ¡Pues venía yo toda inquieta... figúrense ustedes que la baronesa me ha contado cosas horrorosas, vuelcos, atropellos, fracturas... qué sé yo! De modo que vengo...

JUAN. (Con galantería.) Yo me felicito del insignificante contratiempo que me ha procurado tan preciada visita. Desde ahora suscribo á padecer mayores disgustos todos los días, si después de ellos debo lograr la misma recompensa.

MAT. ¿Oyes, Joaquina?... (Riendo.) ¿qué cosas más agradables me dice tu marido? Empiezo á creer que me galantea. Por lo menos es muy amable.

COND. En visita.

MAT. Algo es algo: peor es no serlo, ni en visita siquiera, como algunos maridos que yo conozco. (Mirando á don Cárlos.)

CARLOS. Ya sabes, Matilde, que soy poco aficionado á niñerías.

MAT. (Con amargura.) Ya lo sé. Pero, señores, he caido aquí como una bomba: ¿no nos sentamos?

CARLOS. Por mi parte abandono á ustedes. (Á Matilde.) ¿Has traido la berlina?

MAT. Sí.

CARLOS. ¿Te propones permanecer aquí mucho tiempo?

COND. (Adelantándose.) Mucho. No la dejo marchar hasta que

nos hayamos dicho muchísimas cosas que tenemos que decirnos.

CARLOS. Entonces me llevo el coche. Se me ha hecho demasiado tarde y quiero enterarme de lo que ocurre... porque... (Á Juan.) Esta baja tan persistente me preocupa lo que usted no puede figurarse. ¿Y á usted?

JUAN. (No lo sabes tú bien.) Trabajo poco en Bolsa.

CARLOS. Claro; las fortunas sólidas y... (Pues creía yo...) Hasta luego. (Á Teodoro.) ¿Quieres que te deje en alguna parte?

TEOD. Bueno, papá: me quedaré en el Veloz. (Vánse.)

ESCENA VIII.

CONDESA, MATILDE, CRISTINA y JUAN.

MAT. (Muy risueña y señalando á Cristina.) Ya sé, ya sé que hay novedades.

COND. Más bajo; no sabe...

MAT. ¿Y el Conde?

COND. Tampoco. Es cosa mía y corre de mi cuenta todo. Vamos, Matilde, necesito consultarte sobre algunas obras que pienso hacer en el invernadero.

MAT. Si tu marido nos concede el permiso.

JUAN. ¿Y qué he de hacer? Es necesario que respetemos las inmunidades del sexo, aunque como ahora sucede, nos sea dolorosísimo ese respeto.

MAT. Lo dicho, Joaquina; tienes un marido encantador, no lo dudes, él me hace un poco la corte. ¡Cuidado! (Dando un golpecito á Cristina en la espalda.) Hasta luego monísima. Conde... (Vánse.)

ESCENA IX.

JUAN, CRISTINA.

JUAN. Pobre Cristina, te dejan sola.

CRIST. ¿Sola? Contigo.

JUAN. Ya, pero es que...
CRIST. Pero tú vas á dejarme también ¿verdad?
JUAN. Lo has adivinado. Necesito ir un rato al despacho.
CRIST. Entonces...
JUAN. ¿Qué?
CRIST. Me quedaré aquí en compañía del piano. Es un compañero que no da ningún disgusto. Siempre me recibe alegre si me acerco á él, y nunca se incomoda cuando le dejo.
JUAN. Excelentes condiciones son esas. Vaya, hasta luego hija mía: estudia un poco.
CRIST. Bueno, lo procuraré.
JUAN. (¡Ésta baja, ésta baja!) (Váse.)

ESCENA X.

CRISTINA se sienta al piano y comienza á hojear, como maquinalmente, los papeles de música, pero sin fijarse en ninguno.

CRIST. Sí... valiente gana tengo yo de tocar ahora. No sé en qué consiste; pero oyendo á mamá me faltaba muy poco para llorar. Por supuesto es una tontería; porque, al cabo, ¿qué me importa á mí todo eso? (Pausa larga.) ¡Pobre muchacho! Lo que es de que tiene buen corazón estoy segura; y es también muy arrojado. No habría hecho Teodoro eso de sacar el niño de entre los piés de los caballos... Yo no sé cómo á mamá no le convencen estas cosas. Pero ella, que es tan buena, y tan instruída, y... cuando dice lo que dice, razón tendrá, puede que ese joven sea un mal hombre, aunque no lo parece. (Queda pensativa.) ¿Qué sé yo?

ESCENA XI.

CRISTINA, D. ENRIQUE.

ENR. ¿En qué piensas?
CRIST. ¿Eh? (Sobresaltada.)

ENR. ¿Te asusté?
CRIST. ¡Casi! (Riendo.) Estaba meditando.
ENR. ¿Ya?
CRIST. Pues ¿por qué no?
ENR. Cierto. ¿Y tu papá?
CRIST. Fué al despacho: volverá pronto.
ENR. (En tono de broma.) ¿Lo espero aquí?
CRIST. Me parece lo mejor eso.
ENR. (Sentándose.) Así meditaremos juntos.
CRIST. (Enojándose en broma.) No se burle usted de su enferma. No está bien hecho.
ENR. No, hija mía, no me burlo. El médico ¡oh! el médico es el depositario más fiel de todos los secretos. Lo que penetra por sus oídos, baja hasta el corazón y no sale de allí. Conque, meditemos. Antes te pregunté: ¿en qué piensas? Pregunté mal, debí haber preguntado: ¿en quién piensas?
CRIST. (Ruborizándose.) No pensaba en nadie.
ENR. Es cosa extraña. Á tu edad sucede muy á menudo que no se piensa en nada; pero casi nunca ocurre que no se piense en álguien.
CRIST. (Más ruborizada.) Pues, no señor.
ENR. Pues está perfectamente. No meditemos. (Pausa.)
CRIST. (Con un tono que procura hacer indiferente.) ¿Y cómo sigue ese joven?
ENR. ¿Ese joven? ¿Qué joven? (Con cierta sorna.)
CRIST. El herido.
ENR. ¿Qué herido?
CRIST. No sea usted malo... El enfermo, el vecino.
ENR. ¡Ah! ¿Es un vecino? yo no sabía esto; ¿pero meditamos ó no meditamos? (Movimiento de impaciencia en Cristina.) Vamos, calma, calma; está mucho mejor: está bien.
CRIST. ¿Del todo?
ENR. Ha sido el susto nada más, y creo que muy pronto... pero, ahora es preciso que se me pague la consulta.
CRIST. ¿Eh?

ENR. ¡No hay más, eh! ¡ni más, ah! Lo que yo he dicho me parece que vale las albricias.

CRIST. Pero...

ENR. Nada, amor se paga con amor; noticia por noticia. Ya te he dicho que el enfermo está bien; díme tú ahora quién es.

CRIST. No sé... (Vacilando.)

ENR. Pero ¿no le conoces?

CRIST. Le conozco de vista.

ENR. ¡Ya! (Queda pensativo y mira sonriendo á Cristina.) Vamos, que le conoces y... no le conoces...

CRIST. Eso es.

ENR. ¿Y dónde os habeis visto?

CRIST. No: si él no me ha visto á mí; digo, yo creo que no me ha visto.

ENR. ¿Y tú?

CRIST. Yo le veo pasar por aquí (Señalando al balcón.) todos los dias. Si viese usted... es muy bueno.

ENR. ¿Conque es bueno?

CRIST. ¡Oh! sí.

ENR. ¿Y cómo sabes? (Se oye en la calle la voz cascada de una vieja que toca una guitarra.)

CRIST. Calle usted: ahí está mi pobre.

ENR. ¿Cómo tu pobre?

CRIST. Sí: una viejecita, muy viejecita que me canta coplas todas las tardes: yo le doy limosna, cuando tengo dinero; siempre tengo alguna cosa que darle. Vaya, somos muy amigas. Algunos dias no canta porque se siente mál; pero me avisa siempre. Voy, voy... al momento vuelvo. (Váse.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, FEDERICO, CRIADO.

CRIADO. Aquí puede usted esperar.

FED. (Débil y pálido.) Bien, esperaré.

ENR. ¿Cómo está ese ánimo?

FED. Perfectamente.

ENR. Debería usted descansar algunas horas.

FED. No puedo. Mi madre estará muy inquieta; acaso me he detenido demasiado.

ENR. Lo considero imprudente: en fin... supongo que no pensará usted salir de aquí sin despedirse.

FED. Sería en mí ingratitud insigne, sobre ser falta de atención imperdonable. Nunca olvidaré lo que debo á una persona para mí completamente desconocida. La violencia del golpe me trastornó casi por completo; pero, como á través de la nube de sangre que oscureció mis ojos, le ví lanzarse del coche y cogerme en sus brazos. No ví más. Cuando he recobrado el conocimiento he vuelto á verle, mirándome fijamente, con tal interés y tanta dulzura, que sólo los había visto yo hasta hoy en las miradas de mi madre. Lo repito, no lo olvidaré nunca.

ENR. Es bellísimo sujeto el Conde.

FED. ¿Es Conde? Pues no lo parece.

ENR. ¡Hombre! (Riendo.)

FED. Perdone usted, caballero: ni sé lo que hablo, ni consigo nunca medir mis expresiones. Soy, lo confieso, por instinto, por educación y por convicciones enemigo de los aristócratas.

ENR. ¿Desde léjos?

FED. Perdone usted, y desde cerca.

ENR. ¿Ha tratado usted muchos?

FED. No, por fortuna.

ENR. Vamos, acaso sea este el primero que trata usted.

FED. Así es, efectivamente. Pero, este constituye una excepción.

ENR. Justo, una excepción; una sola y... usted ha tropezado casualmente con esa excepción única. Voy á decir al Conde que desea usted abandonar su casa. Él vendrá: creo que no tendrá usted que esperar mucho. Á cuidarse, amigo mío, á cuidarse bien y á de-

sechar del espíritu preocupaciones pueriles. Los odios de clase, crea usted á un hombre de experiencia larga y dolorosa, no tienen otro fundamento que el no conocerse unas á otras. Cuando el conocimiento existe, siempre acaban por estimarse todas. (Váse.)

ESCENA XIII.

FEDERICO solo.

La verdad es que me siento muy débil. No sé si tendré fuerzas para llegar á casa. ¡Ah! pero es necesario! mi pobre madre estará ya sobresaltada. Quizás descansando unos minutos... (Se sienta en la butaca que hay junto al velador, colocándose de suerte que los que entren por el foro y por la izquierda no puedan verle. Mirando distraido en derredor suyo.) ¡Qué lujo! Imposible parece que la caridad, siempre humilde, haya elegido para albergarse tan suntuosa morada. (Fijándose en la fotografía de Cristina.) ¡Preciosa criatura! ¡Dios mío qué hermosa es! (Continúa mirándola.)

ESCENA XIV.

FEDERICO, CRISTINA.

CRIST. (Entra sin ser sentida. Aproxímase poco á poco y sin advertir la sustitución efectuada en la butaca, y cuando se halla muy cerca, dice:) ¿Estoy parecida?

FED. ¡Ah! (Levantando los ojos.) ¡Ella! (Se levanta de la butaca y la contempla como admirado.)

CRIST. ¡Caballero! (Sorprendida y retrocediendo.)

FED. (¿Es un sueño?) Señorita, comprendo que he cometido una indiscreción mirando... pero... (Para ocultar su turbación y serenarse se baja á recoger el retrato que coloca en su sitio.)

CRIST. Nada tengo que perdonar, caballero. Yo pensaba que estaba aquí don Enrique, y en mi aturdimiento he

sorprendido á usted. (Con cortedad.)

FED. Encantadora sorpresa que recordaré siempre como el momento más feliz de mi vida. (Con fuego.)

CRIST. ¡Caballero! (Ruborosa y en ademán de retirarse.)

FED. (Con desaliento.) Perdon otra vez. (Pausa.)

CRIST. (Yo debería dejarle; pero el pobrecillo está tan triste que me dá lástima...) ¿Espera usted á mi papá?

FED. ¡Ah! ¿Usted es?

CRIST. Sí.

FED. Le espero efectivamente.

CRIST. Voy entonces...

FED. (Como deseando detenerla.) ¡Oh! ¡no... por favor!

CRIST. Pero...

FED. Soy tan feliz en este momento, señorita, ¡tan felíz!... y puedo serlo tan pocas veces.

CRIST. ¿Sí?

FED. ¡Oh, sí!

CRIST. (Como dudando lo que debe hacer.) Entonces... aquí está mi papá. (Casi no lo siento.) (Váse.)

ESCENA XV.

FEDERICO, JUAN.

JUAN. ¿Es cierto que ya quiere usted abandonarnos?

FED. He molestado á usted con exceso.

JUAN. ¿Molestarnos? De ningún modo, amigo mío; me permite usted que le dé este nombre, ¿verdad? Es costumbre antigua: mi huésped es mi amigo.

FED. Acepto con reconocimiento y con orgullo ese título que me honra.

JUAN. Y ¿está usted decidido á dejarnos?

FED. Sí. En primer lugar, estoy ya perfectamente y no no quiero abusar por más tiempo de sus bondades. En segundo, mi pobre madre, anciana y enferma, que no tiene más servidores ni más amparo que yo, debe de estar ya muy intranquila por mi tardanza. Llevo en el alma un recuerdo que no se borrará nunca; re-

cuerdo que me liga con el reconocimiento á un hombre arrojado, bueno y generoso.. y que casi me reconcilia con una clase privilegiada á la que he odiado siempre.

JUAN. ¿La clase de Condes quizá? (Sonriendo.)

FED. Esa. (Entre sério y risueño.)

JUAN. (En tono chancero.) Anda en efecto algo averiada. Pero, puede usted creerlo, los Condes de contrabando son los qué la desacreditan. Bien así como desprestigian á los trabajadores de veras, esos otros trabajadores que no trabajan nunca. Desengáñese usted, amigo, como no basta ponerse una blusa y hablar mal de los ricos para ser laborioso y honrado, no basta anteponer un titulejo al apellido para ser nóble. Pero perdone usted una pregunta, impertinente acaso, á la curiosidad de un viejo. Usted me parece todavía muy joven.

FED. He cumplido veintiseis años.

JUAN. Eso es. ¿Y qué demonios han hecho á usted los Condes para que así los aborrezca?

FED. Á decir verdad, hay en mi ódio algo de instintivo; pero hay también mucho de justificado.

JUAN. Precindamos de lo instintivo; el instinto no se razona. Veamos lo justificado.

FED. No sé si me atreva...

JUAN. Sí, hombre, sí, atrévase usted; nada de lo que usted diga me cogerá de nuevas.

FED. Pues bien; yo tengo ódio razonado y profundo al Conde del Río...

JUAN. (Se levanta de un salto y mira con asombro á Federico que lo contempla también como sorprendido.) ¿Á mí? Pues sí que me coge de sorpresa. ¿Y puedo saber en qué se funda usted para odiarme, amigo mío?

FED. (Confuso y aturdido.) ¿Cómo? ¿Usted, es?... Pero eso no es posible.

JUAN. Vaya si es posible... El Conde del Río soy yo: y puedo asegurar á usted, que no creo haber merecido

nunca el ódio de nadie.

FED. ¡Oh! todo lo contrario: yo ignoraba... yo no sabia...

JUAN. Corriente; usted no sabía; pero lo que yo quiero saber...

ESCENA XVI.

DICHOS, MATILDE, CONDESA y CRISTINA.

MAT. (Riendo y alborotando.) Nada; no me voy sin despedirme de tu marido. He decidido conquistarlo. Conde, ya que usted no vá á despedirse de las amigas; preciso es que las amigas vengan á despedirse de usted. (Á Federico.) ¿Usted por aquí, Federico? ¡Cuánto celebro hallarle! Por Dios, no se venda usted tan caro, precisamente hoy he dado á Teodoro el encargo de buscar á usted.

FED. Siempre estoy á sus órdenes.

MAT. Cualquiera de estos días vaya usted por casa: necesito hablar á usted de aquellos asuntos de la testamentaría que no se acaban nunca. ¿Cuento con usted?

FED. Iré, señora.

MAT. Eso basta. Adios, Conde... (Volviéndose á Federico.) ¡Ah! me olvidaba; no vaya usted mañana; mañana mi marido y yo estaremos fuera de casa. (Mirando con malicia á Cristina.) Tenemos cosas muy graves que tratar con el Conde. Pasado mañana es buen día. Adios. (Váse diciendo á la Condesa.) Es muy buen chico, despejadísimo y de mucho porvenir. Hoy está oscurecido pero... (Vánse.)

ESCENA XVII.

JUAN, FEDERICO.

FED. (En ademán de irse.) Ahora si usted me permite...

JUAN. ¿Qué he de permitir? No señor: es indispensable que usted me diga...

FED. Ruego á usted que no me obligue á mentir, ó á de-

cirle algo desagradable. He cometido una ligereza que deploro: olvide usted mis palabras.

JUAN. (Como cediendo.) No quiero mortificar á usted con mi insistencia que, en estas circunstancias, parecería abuso. Pero, digame, ¿hay en ese ódio que usted me profesaba sin conocerme, y que espero habrá terminado para no volver á comenzar, algo que se relacione con mi condición de propietario?

FED. (Haciendo un esfuerzo.) Pues bien, sí.

JUAN. ¿Han amenazado á usted en mi nombre?

FED. ¡Amenazar! (Con amargura.) No. Tomando el nombre de usted, de quien dicen todos que es inmensamente rico, habrían arrojado hoy mismo á mi madre achacosa, casi moribunda á la calle, porque debía yo algunas pesetas de alquiler. Sin la ayuda de un compañero generoso, á estas horas, mi pobre madre, no tendría más albergue que el triste lecho de un hospital. Solicité un plazo de ocho dias y no me fué concedido; ni me dieron siquiera cuarenta y ocho horas.

JUAN. ¿Y usted ha podido creerme capáz?...

FED. Yo no conocía á usted... yo oía á todo el mundo...

JUAN. ¡Todo el mundo! siempre todo el mundo echándolo todo á perder. En este caso, de seguro que todo el mundo sería mi portero ó mi administrador. Bien, no detengo á usted; pero le exijo promesa formal y solemne de que volveremos á vernos.

FED. Lo deseo así.

JUAN. Y si ocurriese otra vez... aunque ya me cuidaré de que no ocurra algo parecido á eso que me ha referido, no se fie usted de todo el mundo, que suele ser muy embustero, ni apele usted á sus colegas; venga usted á ver á su amigo el Conde del Río, señor... ¿cómo es su nombre de usted?

FED. Federico Leal.

JUAN. Pues bien, señor Leal, hasta la vista. (Se dan las manos.)

FED. Adios, señor Conde, y muchas gracias. (Váse.)

ESCENA XVIII.

JUAN, CONDESA, CRISTINA.

COND. (Á Juan.) Tengo que hablarte.

JUAN. Estoy á tus órdenes, esposa mía.

COND. Pues vamos al despacho y dejemos sola á Cristina que escriba á su tío. (Dándole el retrato.) Toma, pónle también una dedicatoria cariñosa. (Váse.)

ESCENA XIX.

JUAN, CRISTINA.

CRIST. Papá, estoy muy contenta.

JUAN. Lo celebro.

CRIST. ¿Sabes? Es abogado, y se llama Federico, tiene mucho talento...

JUAN. ¿Pero, qué dices? ¡Ya! (Como cayendo en la cuenta.)

CRIST. (Arrojándose en brazos de su padre y besándole en la frente.) Si vieras, te quiero muchísimo.

JUAN. Corriente. (Con cariño.) Pero, mira, no digas nada de esas cosas á tu madre, porque pudiera tomarlas á mal. (Esta noticia de Bolsa.) (Váse.)

ESCENA XX.

CRISTINA mirando el retrato.

¡Una dedicatoria cariñosa! Ya lo creo que la pondré, ¡poco que quiero yo á mi padrino!... pero... ¿hay cosa más rara? Pues no he tomado cariño á este retrato... Me causa mucha pena desprenderme de..: No sé porqué se me figura que ha de hacerme falta. ¡Bah! Me quedo con él. (Lo guarda.) Al padrino, lo mismo le gustará este que cualquiera. Le mandaré el otro. (Se dirige al foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

JUAN paseando como preocupado é impaciente.

No recuerdo fin de mes tan desastroso. Nada, nada, es preciso que Joaquina sepa... hoy mismo voy á enterarla de todo. La desgracia, por último, no es tan grave, reduciendo un poco los gastos, rebajando algo en el tren, suprimiendo algunos viajes... todo podría arreglarse fácilmente. Lo dicho, hoy... Pero ¿quién es el guapo que dice eso á mi mujer? Yo no soy el guapo. Es inútil; ea, que no me atreveré nunca á darla ese disgusto. Para ella, nacida en la opulencia, educada en esa vida de fausto y de ostentación, rodeada siempre de grandezas, sería golpe demasiado terrible. Y después de todo, ¿por qué he de dársele? ¿Acaso no puedo por mí sólo conjurar la tormenta? Pues si para estos casos dificultosos no sirve el amo de su casa, ¿quiéren ustedes decirme para qué sirve uno? (Pausa.) Pero. ¿cómo no tendremos aun noticia de ese dichoso Banco? El caso es que se acerca el momento

en que será necesario resolver y... (Toca el timbre.) Sí me parece imposible que hayan dejado de contestar.

ESCENA II.

JUAN, el CRIADO.

CRIADO. ¡Señurito!

JUAN. Ve al despacho y pregunta á Pepe si hay alguna carta para mí.

CRIADO. De allá vengu.

JUAN. ¿De dónde?

CRIADO. Del despachu; no hay carta denguna.

JUAN. ¿Ni se ha recibido ningún recadó para mí, mientras estuve fuera?

CRIADO. Denguno. La única carta que vinu, recibíla yo.

JUAN. Pero esa carta...

CRIADO. Es para la señurita.

JUAN. ¿Cómo?

CRIADO. Sí: diómela ese señuritu del cuartu cuartu que trajo usía en el coche esta tarde. Encargóme que la entregase y al paso me dió dos duros.

JUAN. Avestrúz, ¿y has tomado la carta?

CRIADO. Sí, señuritu, y los dos duros. En tumar no hay engaño.

JUAN. Dáme acá.

CRIADO. ¿Los dos duros?

JUAN. Estúpido; la carta.

CRIADO. Es que, como él me dijo, dice, entrégala á la señorita, no quisiera que luegu...

JUAN. Venga la carta.

CRIADO. Vaya la carta; pero por los clavos de Cristu, désela á la señorita.

JUAN. Está bien: ahora mismo... ¿entiendes?... ahora mismo, vas á verte con el mayordomo, y le díces de mi parte que te ajuste la cuenta.

CRIADO. Voy, señor. (¡Qué caprichu!) (Váse.)

ESCENA III.

JUAN, después CRISTINA.

JUAN. (Mirando el sobre.) Para mi hija... pues no me había figurado... Si la Condesa lo supiese, no me lo perdonaría nunca.

CRIST. ¿Puedo entrar? (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.)

JUAN. Sí, señorita, puede usted entrar y por cierto que llega usted en buena ocasión. Me tienes muy incomodado.

CRIST. ¡Quiá!

JUAN. ¿Cómo quiá?

CRIST. Que nó.

JUAN. Pues que sí.

CRIST. ¿Y por qué? Precisamente hoy he sido más buena que nunca; tres horas largas he tocado el piano: con que ya ves. Hasta que mamá dijo que me aviase para ir al teatro. ¿Qué tal estoy? ¿Voy á tu gusto?

JUAN. Estás... admirable; como diría Teodoro...

CRIST. Es verdad: parece que el pobre muchacho no sabe decir otra cosa. (Transición.) Y por cierto que á eso venía.

JUAN. ¿Á eso?

CRIST. Es decir... yo bien sé lo que digo. ¿Qué te quería decir mamá esta tarde?

JUAN. No lo sé, hija mía. Cuando quiso hablarme entró una visita importuna; después llegó la hora de comer: yo tuve necesidad de salir, y así fué que no pudimos... pero sepamos, ¿por qué esa curiosidad?

CRIST. Yo no sé por qué se me figura que mamá piensa en casarme.

JUAN. (Oiga:) ¿Y qué mal habría en eso?

CRIST. Sí habría mal.

JUAN. ¿No quieres casarte?

CRIST. No pienso...

JUAN. ¿Te gustará ser monja?

CRIST. No, no.

JUAN. ¡Pues entonces! Á ninguna muchacha le disgusta casarse; eso no se ha visto nunca.

CRIST. No, si no digo yo que me disguste. Es que todavía... y además...

JUAN. ¿Además, qué?

CRIST. Que temo que se trata de Teodoro.

JUAN. ¿Y no te gusta el novio? (Pues á mí tampoco.)

CRIST. ¡Oh! no por cierto. Es tan...

JUAN.
«En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza;
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.»

¿Tú no sabrás quién dijo esto?

CRIST. No sé quién lo dijo; pero de seguro era muy feo.

JUAN. No era un Adonis. Vamos, confiésame, aquí en confianza, que hay rival en campaña.

CRIST. ¡Oh! no, te aseguro...

JUAN. ¿Conque no? ¿Qué quiere decir entonces esta carta que la autoridad paternal ha interceptado?

CRIST. ¿Una carta? (Con sorpresa.) ¿Para mí? Á ver, á ver...

JUAN. (No finge.) Estése usted quieta, señorita, que ahora tenemos que ajustar cuentas. Si precisamente por esto estaba yo enojado.

CRIST. ¿Por qué me han escrito? ¿Y qué culpa tengo yo de eso?

JUAN. Pero vamos á ver, ¿de quién es esta carta?

CRIST. ¿Y qué sé yo? Vamos á leerla y lo sabremos.

JUAN. ¿Pero quién escribe á usted? ¿De quién recibe usted cartas?

CRIST. De mi padrino.

JUAN. Aquí no se trata del padrino.

CRIST. Pues entonces no sé... como no sea de...

JUAN. ¿De quién?

CRIST. Pues de ese joven del piso cuarto.

JUAN. ¿Y cómo sabes tú que es de ese?

CRIST. ¿Pero es de Federico?

JUAN. Dime tú antes por qué lo presumes.

CRIST. Pues... ¿qué sé yo?... por nada. Se me ha figurado. Esta tarde me pareció que quería decirme algo y no se atrevió; como yo también estaba tan cortada... y luego llegaste tú .. y... dije: puede ser que me escriba; por eso.

JUAN. Pues, sí, señora, de él es la carta.

CRIST. Pues vamos á ver lo que dice.

JUAN. ¿Cómo vamos?

CRIST. Eso. Tú lees, y yo escucho, así nos enteramos los dos. Vamos, lee, estoy rabiando por saber. .

JUAN. (Vaya por Dios: nada, que hace lo que quiere de mí. (Se dirige al velador y abre la carta y lee.) «Señorita.»

CRIST. ¡Qué bien! Señorita: creía yo que esas cartas empezaban de otra manera.

JUAN. Ten formalidad, chiquilla, y no me interrumpas. «Señorita.»

COND. (Dentro.) ¡Cristina!

JUAN. Tu madre. (Guarda la carta.)

CRIST. (¡Qué fastidio!)

COND. (Dentro.) Cristina ¿estás ya?

CRIST. (Yendo á su encuentro.) Sí, mamá. Sólo me faltan los guantes y el abrigo. (Váse.)

ESCENA IV.

JUAN, CONDESA.

COND. (Hablando á Cristina.) Pues anda, hija mía, que ya es muy tarde. Que vea Francisco si han enganchado.

JUAN. (¿Seré nécio? Pues no estoy temblando como un chiquillo á quien sorprenden haciendo una travesura! La verdad es que si la Condesa, tan severa y tan... coge al papá leyendo á la niña la carta del novio, cómo se habría puesto... no, y con razón.)

COND. ¡Juan!

JUAN. ¿Eh?

COND. Cualquiera diría que te asustabas de mi voz.

JUAN. (Y casi, casi acertaría) ¡Qué locura! ¡Pues si es todo lo contrario! (Examinándola.) Y estás muy elegante y guapísima; lo dicho, guapísima.

COND. No seas molesto, ya sabes que me incomodan esas tonterías.

JUAN. No son tonterías las verdades; pero perdona, creí complacerte...

COND ¿Echándome flores, como á una muchacha aturdida? No, Juan, no: me complacerías, por ejemplo, no privándome de servidores que son de mi agrado.

JUAN. ¿Qué dices?

COND. Ya sabes lo que digo.

JUAN. No, te aseguro...

COND. Pues bien, sé... y no porque tu me lo hayas dicho, pues yo soy para tí un cero á la izquierda, poco menos que nada...

JUAN. ¡Oh!

COND. Déjame concluir: sé que te propones despedir á nuestro administrador, hombre honradísimo, que mereció toda la confianza de mi padre y que nos ha servido bien y lealmente muchos años.

JUAN. Te diré, Joaquina. Creía yo, no, y lo sigo creyendo, que todo hombre, aun el más favorecido por la fortuna, debe trabajar en algo; vamos, procurarse alguna ocupación, y me había propuesto administrar yo mismo nuestros bienes. ¡Pche! ya ves, eso me distraería un poco y además sería un alivio para la casa. (Sonriendo con cierta timidez.) Los gastos son muchos.

COND. ¿Habremos llegado al caso de hacer economías? ¿Tenemos necesidad de disminuir el servicio? Si es así, dílo.

JUAN. (Sí, cualquiera te lo dice.) ¡Bah! no; pues sí, justamente... (Nunca he tenido mayores apuros.) Es que yo deseaba ocuparme en algo y luego, ¿creerás que ese dichoso administrador, es tan severo que me pone

á mal con todos los inquilinos? Tú no sabes la fama que por ahí tengo de hombre sin corazón y de malos sentimientos. Nada perdona, ni un plazo concede... ni...

COND. Así cumple él su obligación: cumplamos nosotros la nuestra.

JUAN. ¿Eh? ¿Y cómo?

COND. Conservando un servidor celoso...

JUAN. Pero...

COND. Probo.

JUAN. Ya, eso sí...

COND. Trabajador...

JUAN. Sí, todo eso es verdad; pero...

COND. Y por el cual me intereso yo, que respeto la memoria de mi padre.

JUAN. Pues se acabó; no se le despide.

COND. Bien. (Rato de pausa.)

JUAN. ¿Estás contenta? (Con cierta zalamería.)

COND. ¿Y por qué he de estarlo? Tú cumples con tu deber, nada haces de más: yo he cumplido el mío. Nada tenemos que agradecernos por esto.

JUAN. (Eso sí, amable como ninguna.)

COND. ¿Y cómo puedo estar contenta, con quien no es capáz de sacrificar en mi obsequio ni uno sólo de sus caprichos? (Cambiando de tono.)

JUAN. (¿Adónde irá á parar ahora?) No te comprendo...

COND. Pues te lo diré claro: no me gusta ver en casa á tu amigote Enrique. ¿Lo has entendido ahora?

JUAN. Pero, mujer, por Dios, si es el mejor médico de Madrid.

COND. Sí, será; pero es el peor hombre de España.

JUAN. Que ha de ser malo.

COND. Todo el mundo lo dice.

JUAN. ¿Y quién hace caso de lo que dicen?

COND. Yo.

JUAN. Sabe Dios lo que dirán de nosotros. De todos dicen; pero á nadie importa lo que dicen de todos.

COND. Sí, es muy cómodo eso de no hacer caso. Pues yo te aseguro que ese don Enrique es hombre de costumbres depravadas. Que está separado de su mujer, á la cual dió muy mala vida.

JUAN. Que está separado de su mujer ¿y qué significa eso? Dios sabe por qué lo estará. Además, yo no he buscado en él un modelo de virtud ejemplar, ni un maestro de buenas costumbres. He buscado un médico, y el médico es excelente; no puede ser mejor. ¡Ah! Joaquina, no puedo olvidar nunca la terrible noche en que, tú y yo, cerca del lecho de nuestra pobre Cristina, la llorábamos casi perdida. Han trascurrido ya diez años y lo veo como si ahora sucediera, y me estremezco al recordarlo. ¿Te acuerdas? La pobre niña, desfallecida, pálida, apagados los ojos, contraido el rostro, la respiración fatigosa, casi, casi con el estertor de la agonía: tú, procurando contener tus sollozos y más pálida aun que la moribunda; yo... yo pensando en el suicidio. Nuestra hija, nuestra hija única, el solo encanto de nuestra existencia, la alegría de nuestro hogar se nos iba de entre las manos, estaba desahuciada... Nosotros no podiamos detener en su paso á la muerte que se aproximaba ya á recoger su presa. De repente, varió todo; penetró en la alcoba mi hermano á quien acompañaba Enrique: éste examinó con detenimiento á nuestra hija; auscultó su pecho, palpó su frente, miró sus ojos, y después, dirigiéndose á nosotros que le seguiamos ansiosos con la mirada, nos dijo sonriéndose con seguridad: «¡la salvaré!» y la salvó. Nunca olvidaré aquellos momentos. ¿Los has olvidado tú, Joaquina?

COND. No los he olvidado, que nunca fuí desagradecida. Entonces nos prestó efectivamente un gran servicio. Tú le recompensaste...

JUAN. ¡Oh!... Joaquina... ¿Le recompensé? ¿Pagué la vida de nuestra hija con algunos billetes de Banco?

COND. Sólo falta ahora que me llames madre desnatura-

lizada, y...

JUAN. No, mujer, no. ¿Cómo voy á decir eso, si sé precisamente lo contrario? Sé que para tí nuestra hija lo es todo, como para mí; lo mismo. (Pausa.)

COND. (Con mas dulzura.) Y precisamente por eso quería yo hablarte de ella esta tarde.

JUAN. ¿Sí?

COND. Sí. ¿No te parece que debíamos pensar en casarla?

JUAN. Es todavía muy joven.

COND. No tanto. Tiene diez y siete años.

JUAN. Ya ves. Además, créelo, el pensamiento de separarme de ella me mortifica. ¡La quiero tanto!

COND. Con eso dás á entender que yo no la quiero. (Enojándose.)

JUAN. No, hija mía, no. (En tono conciliador.)

COND. Ya sabes que no puedo resistir ese tono humilde y resignado. No parece sino que estás hablando con tu verdugo.

JUAN. Pero, por Dios. Joaquina. ¿Cómo quieres que se te hable?

COND. Pues con naturalidad; como yo hablo.

JUAN. Bien. (Pausa.)

COND. Pues yo he pensado en eso. (En tono casi cariñoso.)

JUAN. ¿En qué?

COND. En el casamiento de Cristina.

JUAN. ¡Ah!

COND. ¡Eh! (Impaciente.)

JUAN. No te enojes: si es que me alegro. ¿Y tienes ya novio?

COND. Sí.

JUAN. ¿Quién?

COND. Teodoro; el hijo de Matilde. ¿Te gusta?

JUAN. No mucho; pero eso no importa. No es á mí á quién ha gustar.

COND. Bien sería, sin embargo, que nos gustase á los dos.

JUAN. Bueno sería; pero en definitiva, á quien ha de agradar no es á tí, ni á mí.

COND. ¿Pues á quién?

JUAN. Linda pregunta. Á quién. ¿Á quién ha de ser? Á Cristina.

COND. ¿Á Cristina dices?

JUAN. Pues claro que lo digo. ¿Vamos á casarnos nosotros ó vá á casarse ella? Pues ella es la que ha de resolver.

COND. Ella resolverá, como hacen todas las señoritas decentes y bien educadas, lo que sus padres dispongan. No vengas tú con innovaciones peligrosas; nosotros mandaremos, ella obedecerá con gusto. De sobra sabe que por su bien lo mandamos.

JUAN. Yo me libraré muy bien de mandar semejante cosa.

COND. ¿Con que es decir?...

JUAN. Lo dicho.

COND. Entonces lo mandaré yo.

JUAN. Pues entonces harás muy mal.

COND. No parece sino que estás estudiando el modo de decirme cosas desagradables.

JUAN. Pues parece lo que no es.

COND. Yo he dispuesto esa boda.

JUAN. Mal dispuesta.

COND. ¿Qué es esto?

JUAN. Esto es, que estoy resuelto á no ceder en lo que á mi hija se refiere.

COND. Pues yo tampoco. Mañana vendrán á pedirte la mano de Cristina para Teodoro, y tú la otorgarás. (**Movimiento negativo de Juan.**) Lo quiero.

JUAN. No otorgaré tal. Ofreceré consultar la voluntad de Cristina, y si, como supongo, ésta no es favorable al candidato...

COND. ¿No es?

JUAN. No es favorable, no, señora.

COND. ¿Lo sabes de cierto?

JUAN. Lo sé. Ea, no le gusta el muchacho, y tiene buen gusto en eso. Yo nada te habría dicho, porque no pretendo privar á nadie de sus amistades; pero has de saber que si mi amistad con Enrique te desagrada, tu intimidad con Matilde y con su familia me encocora.

Ella es loca de remate; él nécio de solemnidad, y su hijo un badulaque á quien yo no puedo sufrir.

COND. Pero, es horrible esto: es indigno. ¡Oh! nunca lo hubiese creído de tí. Es una confabulación contra mis derechos de madre; una conspiración villana para arrebatarme el cariño de mi hija. ¡Oh! ¡esto es insufrible! (Se sienta como si fuese á desmayarse y oculta el rostro con las manos, y llora.)

JUAN. (La hicimos buena.) Tranquilízate, mujer, tranquilízate. Mira que no hay motivo para tales extremos. Tú quieres como yo á nuestra hija, ¿no es verdad? los dos la queremos. (Trata de tomarla una mano que ella retira.)

COND. ¡Déjame!

ESCENA V.

DICHOS, CRISTINA.

CRIST. Vaya, estoy lista y el coche espera.

COND. Que desenganchen, no voy al teatro. (Levantándose.)

CRIST. Pero ¿qué?... (Mirando al Conde.)

JUAN. Nada, que tu mamá...

COND. Sólo falta eso. Díle que estoy loca. Enséñala á desobedecer, á despreciar á su madre.

CRIST. Mamá... (Acariciándola con mimo.)

JUAN. Pero, por amor de Dios, mira, escucha...

COND. No quiero escuchar nada: déjame. Vamos, niña. (Vánse.)

ESCENA VI.

JUAN solo.

Anda al infierno... Dios me perdone, que no sé lo que digo. Hay momentos en que el mismo Job ya no podría más. Á cada conversación, una tragedia; á la contradicción más insignificante un ataque de nervios. ¡Ah! pues mucho cuidado... la paciencia del hombre

no es infinita y se agota al cabo. Afortunadamente se le pasará pronto, siempre le ocurre lo mismo. ¿Qué pasa?

ESCENA VII.

JUAN, CRISTINA.

CRIST. Que mamá se ha puesto muy mala.

JUAN. (Pues nos cayó que hacer.)

CRIST. Á mí me ha dado mucho miedo. Está con una convulsión horrorosa y rie y llora... Papá, vé allí corriendo, porque, la pobre Rosa no sabe qué hacer.

JUAN. Sí, voy. (Toca el timbre.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Señorito.

JUAN. El coche está enganchado: que Pepe vaya con él á casa del médico en seguida y que lo haga venir inmediatamente. Vuela.

CRIADO. Voy. (Váse.)

JUAN. Yo voy á ver si puedo... Quédate, no vayas á ponerte mala. ¡Eres tan impresionáble!

ESCENA IX.

CRISTINA sola.

Pero, señor ,¿qué habrá sucedido para que mamá se ponga tan mala? Estaba animada, contentísima, y de repente... ¿Habrá sabido lo de la carta de Federico? ¡Qué disparate! Si el enojo no era conmigo... no; era con papá, bien se veía. (Pausa.) Yo no sé como ocurre: mamá es una santa; papá... ¡bah! papá es un ángel; y sin embargo, á lo mejor se disgustan y tiene mamá

esos ataques... ello, afortunadamente, se pasa pronto; pero mientras dura sufrimos todos, y ella, la pobre sufre más que todos. (Se aproxima á la puerta) Ya la oigo hablar tranquilamente... dentro de un rato estará bien del todo. Daría yo cualquier cosa por saber lo que me decía Federico en su carta. (Buscando.) Si estuviese... sí, sí, aquí está... ¡Bah! no es más que el sobre. ¡Pobre muchacho! Pues si esperaba la contestación... que si esperaría... tengo entendido que á esas cartas se contesta siempre. Por supuesto, que yo tendré por último que decir á mamá todo esto... y no sé cómo voy á componerme para decírselo... solamente de pensarlo estoy muriéndome de vergüenza... y de miedo; sí, eso es, justo, también de miedo.

ESCENA X.

CRISTINA, JUAN.

CRIST. ¿Cómo está mamá?

JUAN. Mejor: se ha tranquilizado bastante. (Pero no hay manera de que éntre en razón.) Qué disgusto tan en tonto y tan inútil. Como si no hubiera siempre sobrados motivos para desazonarse, parece que buscamos nosotros mismos la manera de no estar tranquilos nunca. (Consultando el reloj.) Entre tanto la hora se acerca y sin una noticia, ni una contestación. (Se sienta como abrumado.)

CRIST. ¿Qué tienes, papá?

JUAN. Nada. Déjame, hija mía, quiero estar solo. Vé un rato con tu madre. Que te vea cerca de ella, esto le hará bien.

CRIST. Sí, voy. (Váse.)

ESCENA XI.

JUAN solo.

Las nueve ya; esto es hecho, el Banco no acepta mis

proposiciones, las letras serán protestadas. Mañana el descrédito irá unido á mi nombre, el escándalo penetrará en mi casa. Sea; he luchado y he sido vencido: no deploro por mí las consecuencias de esta derrota. (Pausa larga.) En estos momentos de intranquilidad y zozobra, hallan otros consuelo en la paz del hogar, en el cariño de la familia; para mí, guerra en todas partes: allá, en el mundo, la batalla de los negocios; aquí, en la casa, la pelea de los disgustos domésticos. ¡Y todo el mundo me envidia y todo el mundo me considera dichoso! Valiente majadero es todo el mundo: nunca vé más allá de sus narices y siempre... es... chato.

ESCENA XII.

JUAN, el CRIADO que trae en una bandeja de plata unas tarjetas.

JUAN. ¿Qué hay?

CRIADO. Estos dos caballeros quieren ver á usía.

JUAN. (Leyendo las tarjetas.) (Todo ha concluído.) Hazlos pasar á mi despacho, allá voy. Después, si alguien preguntase por mí, le haces entrar á esta habitación y me avísas en seguida? ¿Lo oyes?

CRIADO. Lo haré.

JUAN. Pues anda y no lo olvides.)

ESCENA XIII.

JUAN, FEDERICO.

JUAN. Solicitaré nuevo plazo y tal vez... ¡una humillación más! ¡un nuevo disgusto! Lo mismo siempre. Empieza á fatigarme esto. (Se dirige á la puerta.)

FED. ¡Conde!... (Tratando de detenerlo.)

JUAN. ¡Oh! Caballero, querido vecino, llega usted en muy mala ocasión, no puedo detenerme un solo momento; me esperan en el despacho para... y... ¿Usted me dis-

pensará? ¿no es cierto?

FED. Dispenso, sí; pero como también es necesario que yo hable á usted, esperaré.

JUAN. Está usted en su casa. (Vase.)

ESCENA XIV.

FEDERICO, CRISTINA.

CRIST. (Hablando con su mamá que está dentro.) Sí, mamá; estaré en seguida. (¡Vaya, mejor es...) ¡Ah!

FED. ¡Señorita!

CRIST. ¿Está usted ya bueno?

FED. Perfectamente; pero no hablemos de mí. Déjeme usted darle las gracias.

CRIST. ¿Por qué?

FED. Por haberme permitido que volviese á verla.

CRIST. ¿Yo? Pero yo creía que papá había ofrecido á usted la casa...

FED. Aun con ese ofrecimiento yo no habría vuelto á penetrar en ella, si usted no me hubiese autorizado para decirle que...

CRIST. ¿Cómo? ¿Yo he autorizado á usted? Pero yo no me acuerdo.

FED. ¿No ha llegado á manos de usted una carta mía?

CRIST. ¡Ah! sí; es decir, no: llegó á manos de papá, pero es lo mismo.

FED. Precisamente, lo mismo no es. (Sonriendo.)

CRIST. Pero el caso es, que no la hemos leído.

FED. ¿Y no sabe usted lo que en ella decía?

CRIST. No.

FED. Ya me parecía demasiada felicidad.

CRIST. Bueno; pero ya que usted está aquí, dígame de palabra lo que me decía por escrito.

FED. Pero...

CRIST. Diga usted pronto que he de marcharme al teatro.

FED. ¿Tan tarde?

CRIST. Pues por eso tengo que ir de prisa. Mamá se puso un poco mala; pero está ya mejor, y mientras ella se arregla un poco, venía yo á decírselo á papá; conque diga usted, diga usted pronto.

FED. Pues bien; en esa carta le decía que circunstancias, no sé aún si felices ó desdichadas, me permitían presentarme en casa de usted con títulos suficientes para ser bien recibido.

CRIST. ¿Y qué más?

FED. Yo deseaba saber si usted me permitía ó me prohibía aprovechar esas circunstancias. Si podía venir, ó si debía no volver.

CRIST. Eso no se pregunta: haga usted lo que mas le agrade.

FED. ¿Lo que más me agrade? ¿Es decir que usted me permite?...

CRIST. Claro que permito, ¿por qué nó?

FED. Pero es que al permitirme eso, me permite usted que le repita mil veces que la amo...

CRIST. (Sorprendida y ruborosa.) ¡Ah! ¿Y decía usted eso en la carta?

FED. Sí, señorita: «si esto puede enojar á usted, añadía, una sola palabra suya escrita en cualquier papel, sin firma, que caiga de su balcón, un signo negativo de cabeza, bastará para que yo renuncie por siempre á repetir á usted que la adoro.»

CRIST. Ya...

FED. Y como usted no ha dicho *no*: he creido que su silencio significaba, *sí*.

CRIST. Pero es que yo no había leído la carta. (Confusa.)

FED. Es decir...

CRIST. No, es decir... (Cada vez más confusa.) ¿Quién llega ahora? (Impaciente.)

ESCENA XV.

DICHOS, TEODORO.

TEOD. (Dirigiéndose adentro.) Bien, pues avísele usted; pero

que por mí no se moleste. (Entrando.) ¡Ah! Cristina, á los piés de usted; Federico, me alegro encontrarle, tengo que darle un encargo de mamá, y como no se le vé á usted por ninguna parte. ¿Á dónde va usted por las noches, hombre?... Vengo del teatro. ¿Cómo está aquella sala! ¡Admirable! No ví á ustedes en el palco y temí que hubiera ocurrido algo. ¡Qué *Hugonotes* tan divinos están dándonos! Aquel Massini es.,. es... admirable! Pues y mujeres... (Hablando al oido á Federico.) ¡qué mujerío! ¡Compañero!

COND. (Dentro.) ¿Vienes, Cristina?

CRIST. Voy. Adios.

FED. ¿Permanezco ó parto?

CRIST. Ya que ha venido usted... (Sonriendo.)

FED. ¡Oh, gracias!

CRIST. Hasta mañana.

TEOD. (¡Hasta mañana! ¿Cómo hasta mañana?) (Mientras Cristina y Federico se despiden Teodoro procura inutilmente hablar á Cristina; por último ésta, al marcharse, le saluda muy friamente con un movimiento de cabeza.)

CRIST. Adios. (Váse.)

ESCENA XVI.

FEDERICO, TEODORO.

FED. (Me ama. ¡Dios mío! ¿No es esta demasiado felicidad?

TEOD. (Yo sé que ella me quiere; sin embargo, esto no me ha parecido correcto.)

FED. (Cuán lejos estaba yo de presumir que sería este el día más dichoso de mi existencia.)

TEOD. (Tendría que ver que quisiera ser mi rival este rábula: ¡qué disparate! Pero al cabo la mujer *é moaile cual piuma al vento.*) Pues sí, Federico, ayer mismo me dijo mamá que necesitaba consultar á usted, y que deseaba.. que quería, pero ¿no me oye usted?

FED. ¡Ah! perdón, estaba distraído. ¿Decía usted?

TEOD. (Este abogadillo está pareciéndome algo impertinente: ¿si tendré al cabo necesidad de castigarle?) Decía yo que mamá...

FED. ¡Ya! He tenido el gusto de verla esta tarde; estoy enterado.

ESCENA XVII.

DICHOS, D. ENRIQUE, el CRIADO.

ENR. Y dice usted que el Conde...

CRIADO. Está encerrado en su despacho con dos señores; en seguida le paso recadu.

ENR. Pero el enfermo...

CRIADO. Creumo, segun me dijerun, que es la señora.

ENR. Vamos, pues. Hasta luego: (Á Federico y á Teodoro.) en estos casos, no son posibles los cumplidos. (Váse.)

ESCENA XVIII.

TEODORO, FEDERICO, JUAN.

JUAN. ¿Quién ha venido á buscarme?

TEOD. Soy yo, Conde; ya dije que no molestasen á usted.

JUAN. (Cargue el diablo contigo, y yo que esperaba...) Teodoro, lo siento; pero tengo gente en el despacho y no puedo...

TEOD. (Pero señor; ¿qué sucede hoy en esta casa?)

ESCENA XIX.

DICHOS, ENRIQUE.

JUAN. (Viendo á Enrique) ¿Cómo encuentra usted á la Condesa?

ENR. No la encuentro en ninguna parte.

JUAN. ¿Pues dónde está?

ENR. Eso pregunto yo, ¿dónde está?

TEOD. En el Teatro.

ENR. ¿Pues?

JUAN. ¿Cómo?

TEOD. Ahora mismo ha salido, ¿verdad? (Á Federico.)

ESCENA XX.

DICHOS, CRIADO,

CRIADO. Esus señures se han idu. Dijerun, que le digese al señurito, que nu podian aguardar más y que volverán mañana á la una.

JUAN. ¿Mañana? ¡Ah! (Déjase caer en una butaca, y apoyando la cabeza en la mano, parece abismarse en tristes reflexiones.)

CRIADO. Esu. Mañana á la una. (Váse.)

TEOD. Pues, sí, Conde, estaba el teatro deslumbrador... ¡qué golpe de vista! Estaba allá todo Madrid y... nunca lo he visto tan expléndido, ni tan...

JUAN. ¿Corriente? ¿y qué me importa á mí todo eso? (Levantándose bruscamente y con impaciencia.)

TEOD. (Hombre, ¡qué barbaridad!)

ENR. (Ap. al Conde.) Temo, amigo mío, que no haya sido inútil mi venida.

JUAN. Es muy posible.

FED. ¿Ha olvidado usted que necesito hablarle?

JUAN. Hoy, no, no puede ser: no tengo ya ánimos. Mañana.

FED. No; es preciso que sea hoy. (Recalcando las palabras.)

JUAN. ¿Eh? (Sorprendido.)

FED. Ruego á usted que se entere. (Le dá una tarjeta.)

JUAN. ¿Conque, usted es?...

FED. El representante.

JUAN. ¿Y trae usted poder?...

FED. Completo.

JUAN. ¿Y por qué no lo ha dicho usted antes? Es preciso que hablemos en seguida. Vamos, vamos. Perdonen ustedes un momento. (Á D. Enrique y Teodoro.) Es asunto de grandísima importancia y... vuelvo pronto. (Váse con Federico.)

4

ESCENA XXI.

D. ENRIQUE, TEODORO.

TEOD. (Un rato de pausa durante el cual uno y otro se miran como asombrados.) ¿Pero, vé usted?

ENR. Si veo.

TEOD. Qué modo de tratar á uno.

ENR. Á dos.

TEOD. Creo que me pongo malo.

ENR. Veamos ¿qué siente usted? (Tomándole el pulso.)

TEOD. ¿Qué sé yo? que estoy medio tonto.

ENR. ¿Medio? Entonces es menos grave de lo que yo creía.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, CRIADO.

CARLOS. ¿Y hace ya mucho tiempo que ha salido tu amo?
CRIADO. No sé, señor.
CARLOS. ¿Volverá pronto?
CRIADO. No sé, señor.
CARLOS. Pues, ¿á que hora almuerza? Para almorzar será necesario que vuelva.
CRIADO. No sé, señor.
CARLOS. (Mira al Criado como si sospechara que se burla.) Estás bien enterado.
CRIADO. Regular.
CARLOS. Bien: esperaré.
CRIADO. Como el señor guste. (Váse.)

ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. ENRIQUE.

CARLOS. Oh! Doctor, ¿tan temprano por esta casa? ¿Hay algo de nuevo?

ENR. Nada. He venido á ver á la Condesa que tuvo ayer una ligera indisposición.

CARLOS. Y?...

ENR. Está perfectamente. ¿Y la señora de usted, se encuentra bien?

CARLOS. (Buena cara pondrías si te preguntase por la tuya.) Está bien, gracias. (Pausa. D. Enrique y D. Cárlos se miran uno á otro como no sabiendo de qué modo continuar la conversación.)

ENR. ¿Deseaba usted ver á la Condesa?

CARLOS. No, espero al Conde.

ENR. ¡Ya!

CARLOS. Sí. (Este caza muy largo, y tal vez...) Pues sí, espero al Conde... porque... ¿No ha oído usted nada?

ENR. ¿De qué?...

CARLOS. De lo que sucede en esta casa.

ENR. ¿Pues qué sucede? No sé que ocurra nada de extraordinario.

CARLOS. Pero ¿de veras no ha oído usted?...

ENR. Absolutamente nada.

CARLOS. Pues son rumores... que por todas partes puede usted oir, porque todo el mundo los repite.

ENR. Entonces me explico mi ignorancia. Yo no hago caso nunca de lo que todo el mundo dice; por esa razon á mi nunca me dice nada.

CARLOS. De todo hay, amigo mío. Muchas veces conviene oir lo que se murmura: el refran dice: «cuando el río suena...» Y ahora dicen...

ENR. ¿Qué?

CARLOS. Que los asuntos del Conde andan algo torcidos.

ENR. ¡Bah!

CARLOS. Como usted lo oye.

ENR. Pues no lo creo.

CARLOS. ¿Y qué razon tiene usted para no creerlo.

ENR. Pues esa misma. Que lo dice todo el mundo. Ese todo el mundo, cuando está muy bien enterado, que casi no lo está nunca, es como un espacioso estanque. El su-

ceso inesperado, la aventura escandalosa caen en medio de él, y lo agitan, como cae en las tranquilas aguas y turba su cristalina superficie la piedra arrojada por niño travieso. Inmediata al punto en que la piedra ha caído, fórmase una honda circular, aquella produce otra, ésta una tercera y así lentamente, y de unas en otras, continúan formándose ondulaciones, cada vez más ámplias y cada vez menos perceptibles, hasta que, poco ó mucho, aquel movimiento se comunica á todo el líquido; cuando las ondulaciones, después de haber chocado con las paredes del estanque, tornan produciéndose en sentido inverso al punto de partida, no queda allí ni señal de la piedra, ni rastro alguno de que pasó. Así se conmueve y se agita á ese todo el mundo: de unos en otros la impresión primera vá extendiéndose, pierde en exactitud lo que en magnitud gana, cuando de la cosa hablan todos, casi siempre ocurre que ya nadie sabe lo que sucede; es que la piedra ha desaparecido.

CARLOS. Perfectamente: muy bonito, muy... todo lo que usted quiera... pero esas son cosas que hacen correr, para consolarse, las gentes de mala fama. (Movimiento de Enrique.) ¡Oh! no lo digo por usted. (Vuelve por otra.) Pero pasa el tiempo y ese Conde no acaba de venir... ¿Usted se queda?

ENR. No, salgo. (Volveré en seguida.)

CARLOS. Saldremos juntos. (No tardaré en dejarte...) ¿Vamos?

ENR. Vamos.

CARLOS. (Saliendo.) ¿Conque usted opina?... (Vánse.)

ESCENA III.

CONDESA, CRISTINA.

COND. (Se dirige al velador y toma un periódico de modas. Cristina la sigue como maquinalmente, y toma distraida otro periódico.) Ya me figuraba que lo habrías olvidado aquí. (Se sientan.) Vamos, hija mía, necesito que me aconsejes.

CRIST. ¿Á tí, mamá?

COND. ¿Y por qué nó? Tú eres ya una mujer: fuíste siempre discreta y no tienes mal gusto.

CRIST. (Se aproxima poco á poco á la Condesa y la dá un beso.) Mamá.

COND. Vamos, nada de niñerías. Es necesario hablar en sério de las cosas sérias.

CRIST. ¿Cosas sérias? (Dios mío.) (Coge como distraida un periódico, con el cual juega sin advertirlo, y en el cual lee de cuando en cuando.)

COND. Vamos á ver ¿qué te parece ese traje? (Marcando en el periódico de modas un figurin.)

CRIST. Bien. (Con indiferencia.)

COND. ¿Bien, nada más? ¿Y este otro?

CRIST. Bien. (Lo mismo.)

COND. Eres descontentadiza, hija mía.

CRIST. Bien, pues me parecen *admirables*, como dice Teodoro.

COND. (Con gran severidad.) ¿Y á qué viene ahora eso? Ya sabes cuanto me desagrada que seas burlona. Eso es de muy mal gusto, Cristina. Pues si ninguno de esos te agrada; vamos á ver, escoge uno.

CRIST. (Con indiferencia.) Cualquiera. Este no es feo.

COND. Pero, chica, eso no es un traje de boda, y tú...

CRIST. (Interrumpiendo.) ¡Ay! mira, este diario habla de papá.

COND. ¿Sí?

CRIST. Sí. (Leyendo parte en voz alta y parte para sí.) «El opulento banquero,» eso es, «y se arrojó del coche con tanta rapidéz como...» verdad, verdad... «y libró al joven de una muerte segura.» Por eso me gustan á mí los diarios: todo lo dicen tan bien dicho; parece talmente que lo está una viendo. Pero ¿no es verdad que fué una noble acción la de papá?

COND. Sin duda: pero no debió traernos á casa ese muchacho.

CRIST. ¿No? Pues me parece...

COND. Bueno, aquí no se necesita tu parecer. Vamos á elegir un traje bonito, elegante y que te esté bien.

Es preciso que sea á gusto tuyo.

CRIST. Pero...

COND. Hoy vá á ser día de grandes novedades, Cristina.

CRIST. (No lo permita Dios.)

COND. (En tono confidencial.) Hoy, quiero anticiparte la gran noticia; hoy van, al cabo has de saberlo, hoy van á pedirnos...

CRIST. (Interrumpiendo.) Oye, oye, mamá; esto sí que es una verdadera novela. «Rasgo de honradez. El director de un Banco muy conocido supo ayer casualmente que uno de sus empleados, joven de inmejorables antecedentes, y que con el fruto de su trabajo mantenía á su madre sexagenaria y enferma, había pedido prestada á un compañero de su misma oficina una cantidad insignificante que necesitaba para evitar que su madre fuese lanzada de su humilde domicilio por un casero sin entrañas.»

COND. La historia de siempre. Caseros sin entrañas son para estas gentes los que no dan casa de balde. Pero...

CRIST. No he concluído. (Leyendo.) «Es de advertir, que minutos antes, ese mismo joven había entregado en la Caja una cantidad muy respetable de más de catorce mil duros, que por casualidad habían llegado á su poder, y de los cuales nadie tenía noticia alguna.» ¿No te parece sublime?

COND. ¿Pero, qué nos importa á nosotras eso?

CRIST. Siempre da gusto leer estas cosas. Lo que es ese joven...

COND. Ese joven, haciendo lo que el papel dice, cumplió con su deber, y no hay nada de asombroso en ello.

CRIST. Pero, ya ves, si su pobre madre...

COND. Nada le autorizaba para disponer de lo que no era suyo.

CRIST. Pues mira, lo que es yo, como viese que á tí ó á papá os iba á suceder algo malo, primero...

COND. Calla: me figuro que vás á decir alguna enormidad. Basta de esto y hablemos de lo que á nosotros nos

interesa. Esas cosas que los periódicos publican, son mentiras casi todas: allá entre ellos se las arreglan para alabarse unos á otros.

CRIST. Pues lo de papá no es mentira.

COND. Algo han de escribir que no lo sea.

CRIST. Pues yo creo que eso del joven.

ESCENA IV.

DICHOS, JUAN en traje de calle.

JUAN. ¿Qué joven es ese?

CRIST. (Gracias á Dios.) Lee, papá; á ver si no te parece verdad esto. (Le da el periódico.)

JUAN. Veamos. (Á la Condesa.) ¿Y tú estás bien del todo?

COND. Bien estoy. (Secamente.)

JUAN. (Leyendo el periódico.) Todo esto es exacto.

COND. Claro: cuanto dicen los periódicos, artículo de fé.

JUAN. No digo eso; pero de lo que refiere aquí, estoy perfectamente enterado: mejor enterado que el periódico. Aquí ha faltado referir que ayer mismo, el director del Banco, con aprobación unánime del Consejo, nombró á ese joven, íntegro y probo, cajero del Establecimiento.

CRIST. ¡Cómo me alegro! Eso sí que está bien hecho.

COND. Muy enterado estás.

JUAN. Como que se trata de un buen amigo mío, á quien tú conoces. (Á Cristina.)

CRIST. ¿Yo? (Con curiosidad.)

COND. ¿Ella? (Con extrañeza.)

CRIST. ¿Es Federico? (Con viveza.)

COND. (Con severidad.) ¿Cómo Federico? ¿Quién es Federico?

ESCENA V.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. El señuritu del cuartu cuartu, pide permisu para entrar.

JUAN. Ese es.

COND. ¿Ese? (Mirando alternativamente á su marido y á su hija y como pensativa.)

JUAN. Que pase. (Váse el Criado.) Le esperaba con impaciencia, y voy á presentártele... si me lo permites. (Á la Condesa.)

COND. Hazlo. (¿Qué quiere decir todo esto?)

ESCENA VI.

DICHOS, FEDERICO.

JUAN. Condesa, te presento á don Federico Leal. Es conocimiento muy nuevo, de ayer. Puedo llamarle, sin embargo, verdadero amigo. Le debo un favor de esos que no se olvidan nunca.

FED. Por Dios, Conde.

JUAN. Amigo mío: mi esposa, mi hija.

FED. Señora, señorita, me considero muy honrado.... (Inclinándose.)

JUAN. (Interrumpiéndole.) Además, este es el héroe de la historia que leiamos hace un momento.

FED. ¡Oh! suplico á usted...

JUAN. No se hablará más de esto; pero está convenido que el rasgo fué heróico.

CRIST. ¡Oh! sí.

FED. (Sonriéndose y encogiéndose de hombros con naturalidad.) ¡Bah! ¡Heróico! de ningún modo. Hice lo mismo que habría hecho en mi lugar cualquier otro empleado del Banco.

JUAN. No lo creo.

FED. ¡Oh! Puede usted creerlo, yo se lo aseguro. ¿Y por qué no hemos de creer lo que estamos viendo todos los días? (1) * ¿No hay cobradores que tienen durante *muchas horas, y aun muchos días, cantidades de im–

(1) Los párrafos señalados con asteriscos han sido suprimidos en la representación á fin de hacerla más rápida.

*portancia? Pues, qué ¿no se confía á la probidad y *á la buena fé de infelices mandaderos, enormes can- *tidades en billetes de Banco?

JUAN. Pero, hay circunstancias... hay tentaciones...

FED. No, Conde, no: para el que adquirió desde muy pequeño la costumbre de respetar el dinero ajeno, no hay circunstancias poderosas á torcer sus procederes. Ni tiene el mérito siquiera de vencer á la tentación, porque no conoce las tentaciones. Maneja plata acuñada, monedas de oro y billetes de Banco lo mismo que el empedrador cuenta los adoquines que coloca en la calle. Aquello no vale nada; aquello no es suyo, no existe para él. *¡Ah! Cuántas veces, cuántos cientos *de veces el que ha podido, sin peligro de ningún *género, sin responsabilidad alguna, apoderarse de *una verdadera riqueza, no tenía pan que llevar á sus *hijos. Esto, en nuestra profesión, se vé muy á menu- *do; todos los días; no una, ni dos, muchísimas veces. Porque los hombres que saben cumplir con sus deberes son muchos más de lo que generalmente se cree por el mundo.

CRIST. ¿Sí? (Con ingenuidad.)

FED. ¡Oh! sí, señorita: muchos más, casi todos. Las excepciones son los otros. Sólo que de la regla general no habla nadie, y de las excepciones hablan todos: por eso parecen tantas.

COND. Encuentro muy atinadas las observaciones de este caballero, sin que sea esto disminuir en lo más mínimo la belleza de su meritoria acción. Yo celebro de verdad haberle conocido. Y como los amigos del Conde deben serlo míos, quiero que me cuente desde hoy en el número de sus buenas amigas. *Celebro *también que este caballero haya podido prestarte ese *grande servicio: servicio que agradezco aun sin co- *nocerlo. Por qué, ¿sabe usted? las señoras casi nunca *sabemos lo que ocurre en los negocios de la casa, *¿para qué hemos de saber nosotras eso? Pero, da lo

"mismo: favor que mi esposo recibe, lo tengo yo por "recibido. Gracias, caballero, muchas gracias, y confío "en que quien tan exacto concepto tiene de su deber, "conocerá las obligaciones que un caballero digno y "honrado contrae cuando como amigo se le recibe.

FED. ¡Señora! (Con un movimiento de adhesión.)

COND. (Interrumpiéndolo.) Está dicho. Los buenos amigos deben tratarse con llaneza; ustedes tendrán que hablar de negocios que no entendemos... (Saludando.) Vamos, Cristina. (Vánse.)

ESCENA VII.

JUAN, FEDERICO.

JUAN. Ha de perdonar usted, amigo mío. La Condesa es poco comunicativa. Es buenísima en el fondo; pero, como aun ignora...

FED. Nada hay de extraño en su actitud reservada.

JUAN. Acabarán ustedes por ser buenos amigos. Yo se lo diré todo.

FED. Nada tiene usted que decir, Conde.

JUAN. No; si no pienso decírselo por ahora. Más adelante, cuando se ofrezca una ocasión propicia. De todos modos quiero... ¿Y qué? ¿Está visto eso?

FED. He pasado la noche examinando los títulos.

JUAN. ¿Están corrientes?

FED. Corrientes.

JUAN. Entonces...

FED. Creo que podremos otorgar la escritura ahora mismo.

JUAN. (Estrechándolo la mano.) Gracias por tanta actividad. Me ha evitado usted un verdadero, un gravísimo disgusto. Habría yo sentido verme obligado á recurrir á la dote de la Condesa. En esta operación, que solamente afecta á mis bienes, ganamos tiempo, lo único necesario para mí, que aún dispongo de lo suficiente para sobreponerme á esta crisis.

FED. Y aun á otras mayores.

JUAN. ¿Lo cree usted así?

FED. ¡Oh! estoy seguro.

JUAN. De suerte ¿qué presume usted que ahora mismo?...

FED. Lo presumo, y crea usted que lo celebraría con toda mi alma; por desgracia no soy yo quien ha de resolver; pero...

JUAN. Pero...

FED. Tengo grandes esperanzas de que mi opinión sea atendida. En todo caso, ¿quiere usted que vayamos al Banco? ¿ó prefiere usted que vengamos?

JUAN. Iré al Banco. En el despacho podría traslucirse algo y tengo empeño en que la Condesa ignore...

FED. Creo que hace usted perfectamente.

JUAN. Estas cosas, aunque nada valgan en realidad, á las señoras las sobresaltan...

FED. Vamos, pues. Allí están esperando mi aviso.

ESCENA VIII.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Señuritu.

JUAN. No puedo detenerme.

CRIADO. Es que está ahí el médicu. Detúvose un momentu para hablar cun la señurita; pero díjume que necesitaba ver á usted con urgencia y ahora mismu.

JUAN. El caso es... (Contrariado.)

FED. Puede usted recibirlo; lo dejaremos para otra hora.

JUAN. ¡imposible! Hoy á la una me protestarán unas letras si no las recojo y són .. (Mirando el reloj.) no podemos perder tiempo. Usted sabe que no dispongo de fondos.

FED. Podemos hacer otra cosa. Déme usted los papeles. Yo me adelanto, usted recibe á su amigo. En tanto que usted llega, hago yo que redacten el documento y usted después lo firma si lo encuentra conforme.

JUAN. Está perfectamente: llegaré antes de que ustedes hayan terminado. Tóme usted. (Saca papeles que le vá entregando.) la cédula, los recibos, las numeraciones...

(Enseña sonriendo una carta que guarda.) Esta es una carta de la que hablaremos despacio, caballerito.

FED. Esa es la que...

JUAN. Sí, señor: la que... ya saldaremos esta cuenta pendiente. (Viendo al Criado.) Y apropósito de cuenta, ¿no te dije á tí que ajustasen la tuya?

CRIADO. Sí, señuritu.

JUAN. Y entonces...

CRIADO. Entonces ajustáronmela. Ya la tengu ajustada.

JUAN. ¿Y cómo estás aquí?

CRIADO. Estoy bien... y muy contentu.

FED. Es necesario perdonarlo. (Riendo.)

JUAN. No habrá otro remedio. Dí á don Enrique que entre.

CRIADO. (Parecióme que quería darme otra carta.) (Vánse.)

ESCENA IX.

JUAN, D. ENRIQUE.

ENR. ¿Importuno?

JUAN. ¿Usted?

ENR. Sí, yo. Usted salía...

JUAN. Así, es; pero pienso volver inmediatamente. ¿Quiere usted esperar unos minutos?

ENR. No, prefiero despachar en seguida, lo que pienso decir es muy breve.

JUAN. Pues, usted dirá.

ENR. Sí diré: voto al mismísimo demonio; si diré, ¡pero es que no puede uno fácilmente decir algunas cosas, porque... en fin, para las ocasiones son los amigos, Conde, ¿usted me cree su amigo de veras?

JUAN. ¡Oh! mi mejor amigo.

ENR. Es justicia. Á usted y á su hermano debo cuanto soy, por consiguiente, de usted y de su hermano es cuanto yo tengo. No digo más.

JUAN. (Estrechando su mano.) Gracias, amigo mío, gracias.

ENR. Es decir que acepta usted, ¿no es esto? Contaba yo

con ello y aquí traigo... (*Saca una cartera y de ella un paquete de billetes de Banco.*) Tome usted.

JUAN. ¿Qué es esto?

ENR. Esto es lo que usted necesita. Aún queda algo más en casa, y si hace falta...

JUAN. No, querido Enrique, ni aquello, ni esto necesito.

ENR. ¿No? (*Con sorpresa.*)

JUAN. No, amigo mío, no.

ENR. Vale más así. (*La guarda.*) Me voy tranquilo; pero crea usted que he tenido un grave disgusto.

JUAN. Pues, por qué?

ENR. ¿Por qué? Poca cosa. Ayer me pareció usted excesivamente preocupado.

JUAN. Lo estaba en efecto.

ENR. Sí, saltaba á la vista; y como hoy he sabido, no porque me lo haya dicho todo el mundo, que suspende usted sus pagos.

JUAN. ¿Qué?

ENR. Que suspende usted sus pagos.

JUAN. ¿Eso dicen?

ENR. Y tanto como lo dicen. Conque, qué hice, volví á casa, recogí esos cuartos que son mis ahorros de algunos años de ejercicio y aquí los traje. No son necesarios; me alegro y vuelvo á llevármelos. Pero ya sabe usted que tengo unos cuantos billetes que han de quedarse por acá cuando yo emprenda el gran viaje, y que yo los daría por muy bien empleados si servían para sacar á un amigo querido de cualquier situación apurada: he dicho. Usted está de prisa y mis enfermos me esperan, adiós.

JUAN. Gracias, otra vez. No olvidaré nunca...

ENR. Eso quiero, que no lo olvide, por si alguna otra vez ocurre y ojalá no ocurra.

JUAN. ¡Ah! yo aseguro á usted que no se repetirán estos ahogos.

ENR. Es decir, que en el fondo hubo algo...

JUAN. Algo ha habido en efecto, aunque no tan grave como

todo el mundo ha supuesto. Además, ya está conjurado.

ENR. Vamos, que la noticia ha circulado tarde y ha circulado mal.

JUAN. Exactamente ¿Quiere usted autorizar como testigo el otorgamiento de una escritura que?...

ENR. Si esto puede ser á usted útil, desde luego.

JUAN. Pues vamos al Banco y allí sabrá usted lo ocurrido. (Se oyen voces dentro del Criado y D. Cárlos.)

CRIADO. Digo á usted que el señoritu está ocupadu.

CARLOS. Quiero verlo.

CRIADO. Pasaré recadu.

ESCENA X.

DICHOS, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Entrando.) No es preciso. Buenos días, Conde; quiero hablar con usted unos minutos.

JUAN. Pocos podrán ser; debo salir inmediatamente.

CARLOS. No; si yo despacho en seguída. Empezar y acabar todo será uno.

JUAN. Pues empiece usted.

CARLOS. Preferiría que estuviésemos solos.

ENR. Espero á usted andando. (Creo que no debo irme muy lejos.) (Váse mirando con desconfianza á D. Cárlos y permanece paseando por la antesala que ha de ver el público.)

ESCENA XI.

D. JUAN, D. CÁRLOS.

JUAN. Ya estamos sólos.

CARLOS. Pues bien, yo quiero... ya ve usted, la liquidación ha sido desastrosa; tengo necesidad de pagar enormes diferencias...

JUAN. (Impaciente.) Al grano, señor mío, al grano.

CARLOS. El grano, no es un grano de anís. Yo vengo á dejar á salvo mis intereses.

JUAN. ¿Qué quiere usted decir?

CARLOS. Pues quiero decir, que... pero de sobra sabe usted lo que quiero decir.

JUAN. ¿Acabará usted, por Dios y por todos los santos, de hablar claro?

CARLOS. Ya lo creo. Si á mí, lo que más me gusta es la claridad. Las cuentas claras, hacen los buenos amigos. Vengo por mis veinte mil duros, ¿lo quiere usted más claro?

JUAN. ¡Acabáramos! Puede usted mandar á recojerlos cuando quiera, desde esta misma tarde...

CARLOS. Y ahora, ¿por qué no? Confieso que para mí sería preferible.

JUAN. (Algo confuso.) Ahora...

CARLOS. Vamos, ¿ahora no tiene usted dinero? Las cosas en crudo. ¿Es decir, que tenían razón los que aseguraban que usted... suspendería sus pagos?

JUAN. ¿Pero está loco este hombre?

CARLOS. Sí, loco. Eso es, á los que decimos las cosas así, con franqueza y sin rodeos nos llaman locos; pues vale más ser loco que tramposo, ya está dicho. Yo soy muy franco.

JUAN. (Y muy bruto.) Pero...

CARLOS. (Cada vez más axaltado.) No hay pero que valga. Si ya advertía yo, y ya lo advertía todo el mundo, que en esta casa había mucho desórden y gran despilfarro, y ¿qué había de suceder? Pues nada, lo que ha sucedido, que al cabo ha tronado como arpa vieja. Nada, señor mío. el que no arregla sus gastos á sus facultades...

JUAN. Basta ya, caballero.

CARLOS. Caballero, caballero: qué caballero ni qué calabazas. Mis veinte mil duros son los que yo quiero, no cumplimientos ni palabrotas.

ESCENA XII.

DICHOS, CRIADO.

CRIADO. Señorita, don Enrique no puede aguardar más y escribió esto para usted. (Presentándole en una bandeja una tarjeta y un paquete.)

CARLOS. (Ahí lo tiene usted, bandejas de plata, servidores de librea, carruajes á docenas... y luego..)

JUAN. (Después de leer la tarjeta ha ido al foro, allí Enrique, sin ser visto por Cárlos, pero de manera que el público lo vea, le entrega la cartera que en la escena anterior sacó; Juan toma la cartera y baja al proscenio.) (Excelente y buen amigo.)

CARLOS. Conque señor mío, ¿qué hacemos? Usted dirá...

JUAN. Nada tengo que decir: puede usted cobrar cuando guste.

CARLOS. ¿Puedo... en el acto?...

JUAN. En el acto.

CARLOS. ¿Paso á la Caja?

JUAN. No es necesario. Tengo justamente aquí esa cantidad. Tome usted y retírese. (Le dá el paquete.)

CARLOS. (Se muestra asombrado, cuenta los billetes y los examina con cuidado.) Bien, perfectamente: sí, me retiraré ahora mismo. Diez mil, doce mil, catorce mil. . por supuesto, que si esto le produce la más mínima extorsión, yo puedo esperar; ya usted comprenderá que un día más ó ménos, no importa; y perdone usted, compañero; está viendo uno todos los días cosas tan... diez y ocho mil. Y por otra parte, como todo el mundo decía que usted... y como uno es algo vivo de genio, y luego no falta quien le caliente á uno la cabeza y yo tengo esta manera de conducirme.. es mi idiosincrasia.

JUAN. ¿Cómo?

CARLOS. Mi idiosincrasia.

JUAN. ¡Ya! Á eso, en otro tiempo, lo llamábamos grosería.

CARLOS. ¿Eh?

JUAN. ¡Bah! es igual. ¡Ha variado el nombre; pero la cosa es la misma!

CARLOS. Y después, mi mujer que está loca, sí, loca de remate, se acordó hoy precisamente de hablarme de la boda de mi hijo con Cristina, todo era para presumir...

JUAN. Ea, concluyamos. (Impaciente.) ¿Está completo eso?

CARLOS. Completo.

JUAN. Entonces... (Toca el timbre.)

CARLOS. No, no, si me voy ya; pero aclarada la situación, quiero decir, que en lo relativo á esa boda, á la cual me he negado rotundamente, me prestaré...

JUAN. ¿Á qué interés? (Irónico. Al Criado que entra.) Acompañe usted á este caballero.

ESCENA XIII.

DICHOS, CONDESA, CRISTINA.

COND. (Entra por el foro y se detiene para saludar á D. Cárlos.) ¡Hola, don Cárlos! No sabía que estaba usted aquí. ¿Y Matilde?

CARLOS. Buena. (Aturdido.)

COND. ¿Y cómo no ha venido? Yo creía...

CARLOS. Es que está un poco mala.

COND. ¿Pero, está buena ó está mala? (Siguen hablando.)

CRIST. (Asomándose por la puerta de la derecha.) ¡Papá, papá!

JUAN. ¿Qué quieres, hija mía?

CRIST. Necesito que tú me ayudes; mamá quiere...

COND. Pues muchos recuerdos. (Á D. Cárlos que se vá.)

JUAN. Tu madre, calla.

CRIST. Hasta luego. (Váse cerrando la puerta.)

ESCENA XIV.

JUAN, CONDESA.

COND. (Que ha sorprendido el movimiento de Juan y ha visto moverse las cortinas.) ¿Con quién hablabas?

JUAN. Hablaba con Cristina; con mi hija; con nuestra hija.

COND. Que tiene secretos para mí, que conspira contra su madre, porque tú la enseñas á aborrecerme.

JUAN. No: que te tiene miedo, que se asusta de tí, como se asustan todos; porque tú, que sabes hacerte respetar, no has sabido hacerte querer. Oye, Joaquina, la virtud, cuando no consigue ser amable, es virtud á medias: no lo olvides. (Váse.)

ESCENA XV.

CONDESA sola.

¿Será verdad que yo cause miedo á mi hija? ¡Dios santo! Toda una vida de abnegación, de cariño y de sacrificios, ¿podrá tener esta recompensa? ¡Ah! sí, sí; Cristina, que tiene completa confianza en su padre, es reservada para mí. Me han arrebatado el cariño de mi Cristina... (Pausa.) ¿Me lo han arrebatado? Vírgen mía, ¿seré yo acaso quien no ha sabido hallar el camino de su corazón?

ESCENA XVI.

CONDESA, MATILDE.

MAT. ¡Joaquina! (Muy agitada.)

COND. ¡Querida Matilde! (Levantándose y reparando en su agitación.) ¿Qué te pasa?

MAT. Déjame respirar un momento.

COND. ¿Te sientes mal?

MAT. No; un poco fatigada. Esto pasará en seguida. Ya pasó. Vengo á despedirme de tí.

COND. ¿Á despedirte?

MAT. Ni más, ni menos, hija mía. Salgo de Madrid.

COND. ¿Cuándo?

MAT. Esta misma noche.

COND. ¿Por mucho tiempo?

MAT. No lo sé. Acaso por pocos dias, acaso para siempre.

COND. Explícate, Matilde; yo no te comprendo. ¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¿Sucede algo de nuevo?

MAT. Desgracias no faltan. De nuevo nada hay; porque lo que á mí me sucede es ya muy antiguo. Que no puedo sufrir más á mi marido; ni él á mí.

COND. Pero ¿es posible?

MAT. Y tan posible.

COND. Me llenas de asombro. Un matrimonio como el vuestro, tan bien avenido. Que todo el mundo envidiaba.

MAT. ¡El mundo! El mundo no sabe lo que envidia; ni lo que se pesca.

COND. Pero, ¿no es tu marido?...

MAT. Inmejorable, hija mía, inmejorable: tan bueno que ya no puedo sufrirlo más. Su bondad no es simpática, es fastidiosa; ó hastía ó da miedo. *¿Hay cosa más *inaguantable que la perfección monótona, grave, se- *vera de un marido que no tiene defectos propios y no *sabe perdonar los ajenos?

COND. *Entonces...

MAT. *¿Entonces de qué puedo quejarme? Pues de eso, jus- *tamente: satisfecho de sí mismo, grave como juez en *estrado; severo como confesor de pobres, ni por *acaso se abandona á las expansiones que embellecen *y alegran el hogar.* Seco siempre, siempre desabrido, habla sólo en tono de superioridad que mortifica: en vez de hacer agradable la virtud, la hace odiosa; á nadie inspira cariño, antes nos causa miedo á todos.

COND. (¡Dios mío!)

MAT. *Sí, créelo. En casa esperamos todos con impaciencia *la hora de su salida y vemos con verdadero terror la *de su llegada. Cuando por desdicha acierta á entrar *en momentos en que reimos alegremente, él viene á *turbar nuestra alegría y á poner triste término á la *diversión.

COND. *¿Pero, tú no sabías?...

MAT. *¿Qué me quieres decir? ¿Qué si yo no he advertido

*todo eso hasta hoy? ¡Ah! sí, Joaquina: lo he advertido *mucho antes. Lo eché de ver al día siguiente de *nuestro matrimonio. El mal estaba hecho y no tenía *remedio ya. Acaricié durante algunos años la espe-*ranza de suavizar tanta aspereza á fuerza de cariño, *de contemplaciones y de resignación. Vana espe-*ranza: mi marido cada vez más perfecto y cada vez *más inaguantable.

COND. *Pero, tú...

MAT. *Pero yo... soy madre; quería contribuir á la felicidad *de mi hijo: esto me daba fuerzas, hasta que hoy...

COND. *¿Hoy?...

MAT. Cuando le hablé de nuestros proyectos me trató de loca y casquivana. *Y me dijo con desdén soberano y *en tono casi compasivo, como podría hablar un maes-*tro muy sabio á un díscipulo muy tonto, que esas *son cosas de su exclusiva competencia. Que yo me *entretuviese con mis trajes y mis figurines y mis *teatros, ó pensara, cuando más, ya que pretendía *pensar en algo sério, en arreglar mi casa; pero que *las cosas de nuestro hijo solamente al padre, al jefe *de la familia correspondian. Esto colmó la medida y *le anuncié mi resolución de abandonar una casa en *que se me daba la consideración de un mueble de *lujo.

COND. *¿Y él?

MAT. *Él contestó que tengo libertad para hacer lo que *mejor me parezca.

COND. Pero, ¿no ha dado al menos una razón para oponerse á la boda?

MAT. Sí, mil majaderías. Fígurate que...

ESCENA XVII.

DICHOS, CRISTINA.

CHRIST. Mamá, mamá, ven.

COND. ¿Qué pasa? Saluda á Matilde.

CRIST. Es que... buenos dias Matilde... es que...

COND. Vamos, habla.

CRIST. Allá en el despacho hay unos hombres que me dan miedo.

COND. Qué tonta eres, Cristina; parece imposible... déjalos que esperen; nada tenemos que ver en los negocios de tu padre...

CRIST. Pero, si es que han preguntado por tí y dicen que necesitan verte.

COND. ¿Á mí?

CRIST. Sí, ó á cualquiera de la familia; conque, yo al oirlo eché á correr.

MAT. (Mirando con interés.) ¿Será verdad?

ESCENA XVIII.

DICHOS, CRIADO.

CRIADO. Señurita.

COND. ¿Qué ocurre?

CRIADO. El nutariu dice que quiere le firme la notación del protestu.

COND. Pero...

MAT. Veo que tienes mucho que hacer, y en este caso los amigos son importunos.

COND. Tú, nunca, Matilde.

MAT. (Con frialdad ostensible.) Además yo he de hacer aun algunas visitas. Adios, querida niña, hasta la vista. No necesito que me acompañes. Nada, nada, vé al despacho de tu marido, haces allí más falta que aquí. (Decididamente, mi marido tenía razón.) (Váse.)

ESCENA XIX.

DICHOS, después JUAN.

COND. Pero, ¿qué sucede aquí hoy? Vamos... (Se dirige al despacho, y al ver entrar á Juan se detiene.) El Conde.

JUAN. (No hay otro remedio, se lo diré todo.) ¿Adónde ibas?

COND. Me dicen que hay en tu despacho unos hombres que preguntan por mí. ¿Sabes tú acaso, qué hombres son esos y de qué se trata?

CRIST. Son dos hombres de muy fea catadura, que traen muchos papelotes casi tan feos como ellos.

JUAN. (¡Valor!) Oye... se trata...

ESCENA XX.

DICHOS, FEDERICO, D. ENRIQUE.

FED. Pero, Conde, andamos jugando al escondite.

JUAN. ¿Qué veo? ¿Federico? Nada ya. (Á la Condesa.)

FED. Hemos esperado á usted inútilmente, y como yo creía...

JUAN. Ha creido usted bien. Vamos al despacho. (Cogiéndolo del brazo.)

ESCENA XXI.

CONDESA, CRISTINA, D. ENRIQUE.

CRIST. Pero, ¿ván á molestar á papá esos hombres?

ENR. No, hija mía; sin embargo, no sería malo que te estuvieses allí por si acaso. Si notas algo, avisas.

CRIST. Vaya unos rodeos para decirme... (Váse.)

ESCENA XXII.

D. ENRIQUE, CONDESA.

COND. Por favor, usted es íntimo amigo del Conde... ¿le sucede algo grave? Estoy sobresaltada.

ENR. Sosiéguese usted, tranquilícese, Condesa: sólo ha sido un susto, y por fortuna, sin consecuencias.

COND. Pero el Conde...

ENR. Ha tenido un apuro. Á todo hombre de negocios le

sucede eso alguna vez. Él se ha obstinado en evitar á usted un disgusto y...

COND. Pero....

ENR. Nada: repito á usted que no ha sido nada. Ni hay cosa extraordinaria en todo esto. Ustedes, las grandes señoras, no saben lo que en Madrid cuestan las cosas; las facturas de la modistas importan un sentido; las expediciones veraniegas destrozan media fortuna, y luego esos abonos del Real... digo á usted que es terrible. El Conde, ya lo conoce usted, es pundonoroso; quiere á usted y la respeta, como merece ser querida y respetada...

COND. Bien, pero...

ENR. Ha querido sostener por sí sólo todo esto y se ha visto en un compromiso: ya salió de él.

COND. ¿Y nada me ha dicho?

ENR. ¡Oh! no se habría atrevido nunca.

COND. Pero, Dios mío, ¿es que causo yo miedo á toda mi familia?

ENR. Ya se vé, es usted tan buena...

COND. Reniego de tanta bondad. Cara me cuesta. ¿Ha podido dudar mi marido de que cuanto yo poseo, mi dote, mis alhajas... todo lo sacrificaría por ahorrarle el disgusto más leve? No me conoce bien.

ENR. Ah! señora, qué palabras tan hermosas. Cuánto siento que no las haya oido el Conde. Pero usted se las repetirá sin duda.

COND. ¿Pues no he repetírselas?

ENR. Pues este es el momento, aquí está.

ESCENA XXIII.

DICHOS, CRISTINA, FEDERICO y JUAN.

CRIST. (*Muy contenta.*) Ya se marcharon esos hombres.

COND. Esposo mío, sé lo que has sufrido por mi causa; me

has juzgado muy mal; pero te perdono, porque he tenido yo la culpa. ¿Me perdonas tú?

JUAN. Perdonarte yo... ¿á tí? ¿Á tí, la más perfecta?...

COND. Hazme el favor de no hablarme de perfecciones. (Tapándole la boca con enojo fingido.)

FED. (Que ha estado hablando en voz baja con Cristina.) ¿Es decir que puedo?...

CRIST. Sí.

FED. Conde... (Dirigiéndose á Juan.)

JUAN. Pues aquí tienes los dos verdaderos amigos á quienes debo el favor. (Señalando á Federico y á D. Enrique.)

COND. Siempre lo serán míos.

JUAN. Es que hay algo más todavía. Lee. (Dándole la carta de Federico. Todos la miran con ansiedad.)

COND. (Sonriendo con bondad.) Está bien: pues que resuelva Cristina.

CRIST. ¡Mamá! (Arrojándose en sus brazos.)

JUAN. Pues ya está resuelto. Sólo falta que te reconcilies por completo con Enrique.

ENR. Si somos ya muy buenos amigos.

COND. Poco á poco. Yo no puedo perdonar á tu amigo ..

ENR. ¿El qué, Condesa?

COND. Que esté usted separado de su mujer.

ENR. ¿De mi mujer?

COND. Sí: todo el mundo lo dice.

ENR. Pero, señora, mire usted que yo no soy casado, ni lo he sido nunca.

COND. ¿No?

ENR. Al menos, que yo sepa. Á no ser que se olvidasen de convidarme á la boda. (Risas)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y TEODORO.

TEOD. Señoras... ¡Caballeros!... Gracias á Dios que oigo reir en alguna parte. En casa están hoy de un humor de

todos los diablos; allí ni se habla, ni se almuerza... hablaban ustedes de boda, supongo que será de la de Cristina y la...

JUAN. Justo, Cristina y este caballero, (Por Federico.) queda usted invitado á ella para dentro de algunos meses.

TEOD. ¿Ha oído usted, doctor? Es inícuo esto; me siento malo.

ENR. Sí, ya conozco la enfermedad de usted; pero temo que no tiene cura.

CRIADO. La señora Condesa está servida... (Movimiento de despedida.)

JUAN. (Deteniéndolos.) No se permite la salida; ruego á ustedes que me acompañen al comedor. Hoy almuerza aquí TODO EL MUNDO.

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Guerra sin cuartel	1	Sres. Bringas y Viaña	L. y M.
Huyendo del Microbio	1	Bolumar y Cortina	L. y M.
La baronesita	1	Segovia y Romea	L. y 1/2 M.
La clínica	1	Gorriz y Navarro	1/2 L.
La esperanza de un noble	1	José Soto	1/2 L.
La gatita del cura	1	Bolumar y Cortina	L. y M.
La parentela de Huisa	1	R. Cortina	M.
La traca	1	Bolumar y Peidro	L. y M.
Las grandes figuras	1	Navarro y Caballero	L. y M.
Las mañanas del Retiro	1	Alvarez y Arnedo	M. y 1/2 L.
Lolilia	1	D. R. Cortina	M.
Los compañeros de Picio	1	R. Cortina	M.
Máscaras de la vida	1	Sres. Bolumar y Sabater	L. y M.
Medium oyente	1	D. Manuel Nieto	M.
Melones y calabazas	1	E. Navarro	L.
Mi pesadilla	1	D. C. Olona y Di-Franco	L.
Mister Puff	1	R. Cortina	M.
Nuestro prólogo	1	Manuel Nieto	1/5 M.
Ó suegro ó difunto	1	R. Cortina	M.
Pavo y turrón	1	Nieto	M.
Pensión de demoiselles	1	Echegaray	1/2 L.
Por lo militar	1	Sabater	M.
Rode la bola	1	R. Cortina	M.
Saltò... y vino	1	Mauricio Gullon	L.
Un actor por compromiso	1	Hidalgo y Perillan	L. y M.
Un capitá de cartó	1	R. Cortina y Bolumar	L. y M.
Un quid pro quo	1	R. Cortina	M.
Villa... y palos	1	Sres. Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
La guerra y el hogar	2	D. Carmelo Calvo	L.
Los diablos del día	2	Zumel y Taboada	L. y M.
El Guerrillero	3	Federico Muñoz	L. y M. 5.ª p.
El hermano Baltasar	3	Manuel F. Caballero	M.
Juanita	3	Lara y Vidal	L. y M.
Soledad	3	Gaset y Oliver	L. y M.
Baldassarre (ópera)	4	C. D'Ormeville	L.
Baltasar (ópera)	4	C. D'Ormeville	L.
La Africana (ópera)	4	Meyerbeer	L. y M.



PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.